

INFORME
DEL
GENERAL NARCISO CAMPERO

ANTE LA
CONVENCION NACIONAL DE BOLIVIA,
COMO
GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO ALIADO.

(SESION SECRETA DEL 13 DE JUNIO, 1880.)

LA PAZ

—
IMPRENTA DE LA UNION AMERICANA—POR JOSÉ C. CALASANZ TAPIA

—
1880

INFORME

DEL

GENERAL NARCISO CAMPERO

ANTE LA

CONVENCION NACIONAL DE BOLIVIA,

COMO

GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO ALIADO.



(SESION SECRETA DEL 13 DE JUNIO, 1880.)



LA PAZ

—

IMPRESA DE LA UNION AMERICANA—POR JOSÉ C. CALASANZ TAPIA

—

1880

INFORME

DEL

GENERAL NARCISO CAMPERO

ANTE LA

**CONVENCION NACIONAL DE BOLIVIA, COMO GENERAL
EN JEFE DEL EJÉRCITO ALIADO.**

(SESION SECRETA DEL 13 DE JUNIO, 1880.)



Señores Convencionales—

Creo de mi deber presentar ante vosotros un informe circunstanciado de mis actos como General en Jefe del Ejército Unido, desde mi salida de esta ciudad, el 14 de abril último, hasta mi regreso el 10 del presente; a fin de que apreciéis mi conducta en los acontecimientos que han tenido lugar últimamente en la guerra que sostenemos contra Chile.

He solicitado que esta conferencia tuviera lugar en sesion secreta, tanto porque así podré manifestároslo todo en íntima confianza, si puedo decirlo así, cuanto porque en las circunstancias actuales quizás sería inconveniente que algunos puntos de mi relacion se hagan del dominio público y lleguen al conocimiento de nuestros adversarios.

Todos vosotros conoceis la situacion en que quedó nuestro ejército en Tacna despues de la retirada de Camarónes y de la dispersion de San Francisco; todos sabeis que, depuesto el General Daza del mando de la República y del Ejército, quedó a la cabeza de éste el coronel Eliodoro Camacho. Sabeis, asimismo, que llamado yo en estas circunstancias a ponerme al frente de los negocios públicos del país, logré, no sin vencer muchas dificultades, ocasionadas por los deplorables sucesos de marzo, enviar al teatro de la guerra el refuerzo de la 5.ª Division, despues de haber pacificado el país y constituido el Gobierno en esta ciudad.

En circunstancias en que la Nacion esperaba de un instante a otro la noticia de algun gran hecho de armas en el teatro de la guerra, recibí una carta del coronel Camacho en la que me manifestaba sus dudas acerca de su posicion respecto al General en Jefe del ejército peruano y me pedía instrucciones determinadas en cuanto a su conducta. Me espresaba que, en conformidad al Protocolo de 5 de mayo de 1879, celebrado en Lima entre el Gobierno del Perú y nuestro Ministro Plenipotenciario, el mando en Jefe de ambos ejércitos correspondía al Presidente de la República en cuyo territorio operasen y, a falta de éste, al de la Aliada si se encontrase presente; pero que el citado Protocolo nada disponía para el caso en que ninguno de dichos Presidentes se hallase en el teatro de operaciones, que era el que precisamente ocurría. En este concepto, no sabía a qué regla sujetar su conducta respecto al General Montero y, mientras se le comunicaban las instrucciones que solicitaba, había resuelto someterse estrictamente a sus órdenes, a fin de evitar cualquier conflicto en momentos tan premiosos. Le contesté aplaudiendo su resolucion y previniéndole que pronto se le comunicarían instrucciones precisas, previo acuerdo con el Representante del Gobierno peruano; pero que, mientras tanto, prestase toda deferencia a las órdenes del Gene-

ral en Jefe del ejército de esa Nación, sin menoscabo del decoro y buen régimen del nuestro.

Esto me hizo entrever algunas diferencias entre ambos Jefes, que no dejaban de inquietar mi ánimo, apesar de la confianza que me inspiraban la discrecion y prudencia del coronel Camacho. Mis temores quedaron confirmados con una segunda carta de éste, que recibí el 13 de abril último. En ella se quejaba porque, despues de haberse aceptado un plan de operaciones propuesto por él, se le habia variado completamente, con la grave circunstancia de que en el que se quería adoptar se combinaba el ataque o la defensa por nuestra parte de tal modo, que nuestro ejército no tuviera otra retirada que el puerto de Arica; lo que, como lo comprendereis, lo entregaba sin remedio al enemigo por una capitulacion vergonzosa, a impulsos del hambre y de la necesidad, o despues de un esfuerzo desastroso e inútil y desesperado.

Comprendiendo la gravedad de lo que ocurría llamé a una conferencia especial al señor Secretario General, doctor Cabrera, y al Ministro del Perú, señor Bustamante. Les manifesté el desacuerdo que existía entre los jefes del ejército aliado y lo delicado de la situacion, pidiéndoles su dictámen acerca de lo que debía hacerse en tan crítica eventualidad, que bien podía dar lugar a un segundo San Francisco o a algun desastre aun mas vergonzoso. Despues de madura deliberacion y de distintas indicaciones, el señor Bustamante me manifestó que el medio mas eficaz que encontraba para salvar la situacion, era el de que marchase yo mismo sin dilacion al teatro de la guerra, a ponerme al frente del ejército unido, para cuyo efecto me ofreció acompañarme personalmente. Este medio me pareció, en verdad, el mas acertado; pero teniendo en cuenta, por de pronto, la situacion del país, el carácter del Gobierno recién constituido y las consecuencias que ese paso podía traer consigo, le pe-

dí me diera tiempo para meditarlo, ofreciéndole resolverme hasta el día siguiente.

En efecto, el 14 de abril manifesté tanto al señor Bustamante, como al señor Cabrera, la resolución que habia tomado, de marchar sin pérdida de tiempo. Habia reflexionado que, cualesquiera que fueran las consecuencias de este paso para la política interior del país, debía posponerlo todo a la necesidad suprema de la salvacion del decoro nacional.

El día indicado, venciendo no pocos inconvenientes, por falta de preparacion y de medios de movilidad para el señor Ministro peruano, pude partir de ésta en su compañía a las 7 P. M., despues de tranquilizar al pueblo, que, vuelto de su sorpresa por tan repentino viaje, espresaba su entusiasmo con vivas aclamaciones durante nuestro tránsito por la ciudad.

En los primeros días de viaje no ocurrió incidente alguno notable. Solamente el 19, al llegar al Tacora, recibimos la noticia de la derrota del jefe guerrillero, Albarracin, y de su persecucion por los chilenos hasta las inmediaciones de Tacna. Esto me anunciaba la proximidad del ejército enemigo y la inminencia de un encuentro sério; por lo que resolví redoblar la marcha y llegar aquel mismo día a Tacna, lo que conseguimos, verificando nuestra entrada a la ciudad a las 11 de la noche.

La primera noticia de mi llegada causó verdadero asombro y estupor, hasta el extremo de creerse que mi marcha habia sido ocasionada por algun nuevo escándalo en el interior de Bolivia, que hubiese derrocado mi Gobierno obligándome a salir del país. Pero una vez que se conoció su verdadera causa; que yo habia salido de aquí en medio de las entusiastas aclamaciones del pueblo y que debia ponerme al frente de los ejércitos de la Alianza en los momentos en que iba quizá a decidirse uno de los mas interesantes

actos de esta guerra, hubo un estallido de alegría en toda la poblacion. Los ánimos, tanto en el pueblo como en el ejército se levantaron, halagados por nuevas esperanzas y parecía que se respiraba ya un aire de vida y de victoria.

Al dia siguiente fuí saludado con dianas por todas las bandas del ejército Aliado y recibí la visita oficial con que me honraron todos los jefes y oficiales, así como las corporaciones del pueblo. Al subsiguiente, me ocupé de hacer una visita e inspeccion de los cuarteles de todo el ejército, acompañado por el señor General Montero, el Coronel Camacho y varios otros jefes y oficiales.

Terminada esta inspeccion, pedí al señor General Montero se sirviera dictar la órden general respectiva haciéndome reconocer como General en Jefe del Ejército Unido y fuí informado por aquél de que ya se habia dictado y comunicado dicha órden. Con este motivo dirigí por primera vez la palabra a todo el Ejército Aliado por medio de una proclama, cuyo tenor sin duda conoceis ya. (Véase el anexo número 1.)

El 22, reconocido ya como General en Jefe del Ejército Unido, ordené una revista general, la que tuvo lugar en el campo, a la salida de Tacna hácia Sama. Era la primera vez, desde el principio de la guerra, que se formaba en línea todo el Ejército Aliado, circunstancia sobre la que me permito llamar vuestra atencion, porque caracteriza el modo como se habian conducido las huestes aliadas. El espectáculo que presentaba el ejército era magnífico y su estado y condiciones me hicieron mui buena impresion. El entusiasmo acreció con esta formacion, que parece produjo el efecto de estrechar los vínculos de ámbos ejércitos e inspirarles recíproca confianza.

Desde este momento quedó el ejército sujeto a riguroso réjimen de campaña.

Entretanto, subsistía la diverjencia de opiniones, respecto al plan de accion, entre los dos Jefes del Ejército Aliado, el General Montero y el Coronel Camacho. Para obrar con acierto, me era necesario tomar una determinacion fija, lo que no me era posible hacer sin examinar las cosas personalmente. Decidí, pues, poner en movimiento el ejército, y el 24 se dió orden de marcha para el dia siguiente por el camino de Sama. Conocida ésta, se me manifestó que el ejército no se hallaba listo para efectuarla y que era imposible alistarlo para el dia siguiente, careciendo, como carecía en efecto, de medios de movilidad y otros artículos y recursos necesarios para una marcha; en consecuencia, me ví precisado a suspender la orden por dos dias, previniendo se practicáran activas diligencias para procurar todo lo necesario a fin de verificarla al tercero.

Llegado éste, se consiguió emprender la marcha, aunque no sin vencer muchas dificultades e inconvenientes; y despues de haber caminado legua y media, mas o ménos, en direccion a Sama, se hizo alto en las posiciones indicadas por el General Montero en su plan de operaciones.

Al efectuar esta salida no habia tenido yo otro ánimo que el de observar en qué condiciones se encontraba el ejército y proveer a las necesidades que se hicieran sentir para el caso de una marcha mas séria. Era una medida de precaucion y de prevision. Entretanto, me hallaba indeciso entre el plan del General Montero y el de Coronel Camacho, es decir: entre fijar el campamento en el lugar en que nos encontrábamos o avanzar resueltamente a ocupar el valle de Sama y contener allí al enemigo. Me decidí a obrar segun las circunstancias, los medios con que contábamos y los resultados que diera el ensayo de marcha que habíamos ejecutado. Este nos hizo sentir mui pronto los inconvenientes y dificultades para seguir adelante. Des-

de luego, carecíamos por completo de elementos de movilidad y de transporte, que no se habían procurado hasta entonces. No se podía movilizar la leñon boliviana; era imposible llevar agua y víveres para el ejército, sin lo que no podría aventurarse expedición alguna por aquel desierto desprovisto de todo recurso; y, lo que es más, no se había podido conducir el parque hasta el lugar en que nos encontrábamos, ni aun se había logrado sacarlo de Tacna. Estaba, pues, visto que la marcha era imposible, y que el ejército Aliado estaba condenado, por decirlo así, a esperar al enemigo en su puesto, sin buscarlo.

Convencido de esto, conferencí con los señores Montero y Camacho, quienes quedaron persuadidos de las razones que les espuse. El Coronel Camacho, principalmente, no solo vió las dificultades que había para la marcha, sino que también opinó porque no era ya tiempo de seguir adelante, conforme a su plan, porque debía suponerse al enemigo muy avanzado y apoderado de las posiciones en que él había creído conveniente esperarlo. En este concepto decidí permanecer allí por de pronto, estableciendo en toda forma el campamento. Como suponíamos al enemigo ya próximo y en disposición de avanzar, ordené debidamente la línea de batalla, organizando sus dos alas y el centro con sus respectivas reservas. Ocupábamos las alturas de una cadena de pequeños montículos que dominan aquellos lugares y se habían tomado todas las precauciones necesarias para el caso de combate. En esta actitud permanecimos un día, del que aproveché para hacer algunos estudios de aquella región y ver modo de proveer a las necesidades que se hicieran sentir con más apremio, en caso de que la situación se prolongase por algún tiempo.

Muy luego noté que, aun en aquellas posiciones, nos era difícil mantenernos, pues se dejaban sentir los mismos

inconvenientes que he apuntado anteriormente. No teníamos víveres ni combustible, y no podíamos procurárnoslos en aquellos lugares sinó con dificultades casi insuperables; carecíamos de agua, por la que era menester ocurrir hasta Tacna, distrayendo en esto un buen número de soldados y teníamos que mantener las caballadas a mucha distancia del campamento. Estas consideraciones me determinaron a regresar a Tacna, previo acuerdo con los señores Montero y Camacho, que palparon también las dificultades que existían para permanecer en aquella posición.

Se hizo en efecto la vuelta, y acampamos en las goteras de Tacna, ocupando las faldas de las alturas dominantes. Allí se estableció nuevamente el campamento y la línea de batalla en la misma forma que ántes, disponiéndonos a salir al encuentro del enemigo, siempre que viniese en busca nuestra. En aquella posición tenía el ejército todo lo necesario, o se podía proporcionar fácilmente desde Tacna, por lo que quedamos allí en vivac y en el mismo orden de batalla, por mas de una semana.

En el trascurso de ésta, toqué con el gravísimo inconveniente de no tener noticia alguna del enemigo y verme reducido a obrar por meras conjeturas. No se había organizado un buen servicio de espionaje, siendo una cosa tan esencial en las circunstancias en que nos encontrábamos. No recibíamos avisos de ninguna parte, que nos dieran alguna luz respecto al número y situación del enemigo. No parecía sino que estábamos en un territorio enteramente extraño y que los vecinos del lugar no se preocupaban de la suerte que tuviera la campaña. Ajitado por estas consideraciones, hice los mayores esfuerzos por organizar espionaje valiéndome para ello del señor Prefecto de Tacna y del General Montero, como personas influyentes; pero nada sério se pudo conseguir y quedé condenado a la misma incertidumbre.

Entretanto, suponía que el enemigo se encontrara a ocho leguas de nuestro campamento, y de esa distancia podía, sin que nosotros lo advirtiéramos ni lo pudiéramos evitar, apoderarse de las alturas de improviso y ofender desde allí al pueblo de Tacna impunemente, atacándonos al mismo tiempo hasta arruinarnos sin podernos defender, por la naturaleza de aquellas posiciones.

Angustiado por la inminencia de este peligro y por la idea de no poder obrar de un modo decidido por la falta absoluta de noticias del enemigo, determiné, después de haber consultado con los Jefes de ámbos ejércitos, volver a ocupar la primera posición, en las alturas, salvando de cualquier modo los inconvenientes con que habíamos tropezado antes, a cambio de evitar el continuo sobresalto en que nos encontrábamos.

Acampados de nuevo en estas posiciones y preocupado yo constantemente de estudiar el terreno y buscar una que nos fuera mas ventajosa, noté que detras del ala izquierda de nuestro ejército existía una meseta que dominaba toda la llanura, prolongándose hácia la costa, la que podía ser ocupada fácilmente por el enemigo, dejándonos en una situación mui desventajosa; pues desde allí podía tomarnos por todos lados, de flanco y de revés sin poder nosotros evitarlo. Para hacerme cargo del peligro, me constituí a los dos dias en aquella meseta, acompañado de los señores Montero y Camacho y la examinamos en toda su estension y en sus mas pequeños accidentes. El resultado de este examen fué el de afianzarme en mis temores: la posición era mui desfavorable para nosotros, y estábamos perdidos, si lograba apoderarse de ella el enemigo. Por otro lado, era tambien ventajosa para nosotros y mui superior bajo todos respectos a la que ocupábamos. Resolví, pues, situar allí el ejército; lo que se ordenó y practicó sin dilacion.

Una vez allí, me tranquilicé por completo, pues me convencí aun más de que en aquella situación, al mismo tiempo que evitaba un peligro real, adquiría una posición verdaderamente militar. En efecto, estábamos en una meseta bordeada hacia nuestro frente por una ceja que la defendía y de la que se desprendía una especie de glacis hacia la llanura y otro igual hacia nuestra espalda, ocupando nosotros la cima que dominaba el llano por ambos lados. — Nuestros flancos se defendían convenientemente por unas hondonadas profundas que limitaban la meseta a uno y otro costado. Por otra parte, la posición indicada estaba situada de tal modo que podíamos impedir la entrada del enemigo a Tacna, que era el objeto primordial que debíamos tener en vista.

Aquella posición, sin embargo, ofrecía el inconveniente de la falta de recursos, tanto para el ejército como para las caballadas; pero resolví obviar este inconveniente enviando éstas a abreviar a alguna distancia en los momentos en que no podía haber peligro y proporcionándonos de Tacna, a cualquier costo, los recursos necesarios para el ejército, como agua, víveres, carbon de piedra y otros artículos.

Permanecimos, pues, tranquilos allí y me contraje seriamente a tomar todas las disposiciones necesarias para esperar al enemigo.

Así pasaron algunos días, sin más ocurrencias que las de que nuestras avanzadas se avistaban con las del enemigo, que varias veces se adelantaron hasta la distancia de cerca de dos leguas de nuestro campamento. Esto hasta la mañana del 22 de mayo, en que por primera vez se vieron nuestras avanzadas perseguidas por las enemigas, replegándose hacia el campamento y contestando a sus fuegos, en retirada. Se creyó que venía el ejército contrario, y así nos lo

anunció el Jefe de las avanzadas; pero al cabo de algun tiempo de observacion, notamos que solo venía una fuerte division de caballería protegida por tres brigadas de artillería, que avanzaron hasta ponerse a tiro de cañon. Cambiamos fuegos por el espacio de una hora y luego se retiró esa division sin mas incidente. Por lo visto, aquella maniobra no era mas que un reconocimiento que operaba el enemigo, y aunque su retroceso hizo suponer a algunos la completa retirada de su ejército, yo presumí que se acercaban los momentos decisivos.

Los dias 23 y 24 pasaron sin ocurrencias notables y en la ansiedad consiguiente en circunstancias tan críticas. No dejaban, sin embargo, de tener lugar algunos tiroteos de avanzadas sin consecuencias importantes.

Aquí no puedo prescindir de hacer mencion de una circunstancia especial relativa a mi persona. En conformidad con las actas populares que me habian elevado a la Suprema Magistratura, y a mi palabra empeñada ante la Nacion, mis funciones de Presidente de Bolivia y, por consiguiente, de General en jefe del ejército aliado, cesaban el 25 de mayo, dia en que debia hallarse instalada irremisiblemente la Soberana Convencion. Respetuoso a la voluntad nacional y fiel a mis promesas, resolví manifestarlo así al ejército, resignando el cargo que ejercía; y para el efecto, en la noche del 24, y con la mayor reserva, redacté una proclama y orden general en ese sentido.—(Véanse anexos N.º 2.) Al dia siguiente, despues del ejercicio matinal que hizo el ejército, como en todos los anteriores, y de que los cuerpos se retiraron a sus campamentos respectivos, se trasmittieron dichos documentos a los Comandantes en jefe para su publicacion. El General Montero se resistió a aceptar mi resignacion haciéndome varias reflexiones, y el Coronel Camacho, por su parte, habia tenido la peregrina ocurrencia,

que la trasmitió tambien al General Montero, de imponerme que continuára con el mando en jefe del ejército, ordenándomelo así en uso de las mismas facultades que yo acababa de conferirles en la órden general aludida. En estas circunstancias vino la noche y concebí el proyecto de llevar a cabo una sorpresa al enemigo, cuyos antecedentes paso a referiros, reanudando mi relacion.

El 25 por la mañana tuvo lugar un incidente digno de mencion. Repentinamente apercibimos que nuestras avanzadas venían precipitadamente en retirada, perseguidas con empeño por el enemigo. No sabíamos lo que esto podía significar y nos entregábamos a diversas conjeturas, cuando el jefe de los nuestros comunicó que se habian tomado a aquél 60 mulas cargadas con 120 barriles de agua, que el enemigo habia intentado recobrar a todo trance, sin poderlo conseguir, lo qué esplicaba el que se hubiera avanzado tanto en persecucion de los captores. El cuerpo que efectuó este hecho fué el peruano Húsares de Junin que hacía el servicio de avanzada en aquel dia.

Este incidente me dió la certidumbre plena de que el enemigo se hallaba a corta distancia y avanzando hácia nosotros, siendo para mí indudable que en aquella noche debia acampar, poco mas o ménos, a medio camino de Sama a nuestro campamento; porque así lo manifestaba la gran provision de agua, de la que se habia tomado una parte; pues, segun el conductor de la recua apresada, venían otras recuas y un número considerable de carretas, cargadas tambien de agua. En este concepto, teniendo, como tenía, conciencia plena de la superioridad de fuerzas del enemigo, conciencia que la habia yo formado, tanto por las indicaciones y relaciones de la prensa, por las circunstancias mismas de la campaña y por la idea que tenía de los recursos de que podía disponer la nacion que nos hace la guerra, cuanto por

las noticias que nos dieron los arrieros que conducían el cargamento de agua capturado, quienes aseguraban que las fuerzas enemigas no bajaban de 22,000 hombres, siendo así que nosotros no contábamos con mas de 9,300, incluso nuestros enfermos; bajo esta impresion, digo, concebí el proyecto de contrarestar esa inmensa superioridad mediante una sorpresa rápida y audaz que, en mi concepto, era el único medio de poder alcanzar un resultado favorable, dadas las condiciones en que nos encontrábamos y la imposibilidad de resistir al enemigo en batalla campal. Decidí, pues, efectuar la marcha en aquella misma noche y caer sobre el enemigo al amanecer, procurando tomarlo de sorpresa, no dándole tiempo para desplegar en batalla sus masas y quizá aun impedirle aprovechar de sus dos elementos mas poderosos, su caballería y artillería, cuya accion podia inutilizarse solo con una sorpresa afortunada. Comunicué mi pensamiento a los señores Montero y Camacho, quienes lo aprobaron con entusiasmo, conviniendo con mis ideas.

Acordado el plan, se tomaron las medidas convenientes, y se emprendió la marcha a las 12 de la noche con admirable precision y silencio, conservando todo el ejército el mismo orden de batalla y guardando las distancias necesarias para poder formar la línea con la rapidez posible al acercarse al enemigo, el que no podría dejar de emplear un tiempo mui largo en desplegar sus fuerzas, por lo mismo que eran tan numerosas. Pero, desgraciadamente, al cabo de dos horas de viaje, principió a notarse cierto desconcierto e indecision en la marcha. Los Coroneles Camacho y Castro Pinto, me hicieron advertir sucesiva y contradictoriamente que nos inclinábamos demasiado, segun el uno a la derecha y segun el otro a la izquierda. Ordené que se reunieran los guías de ámbas alas y el que dirijía el centro, y que examinarán conjuntamente la situacion en que nos en-

contrábamos y la dirección que debíamos seguir. Después de una larga discusión entre ellos, manifestaron que estaban inciertos, que no podían ponerse de acuerdo respecto a nuestra posición ni mucho menos orientarse, a causa de la densa niebla que cubría el espacio y nos envolvía ya por todas partes. En este estado noté que el desorden se había hecho mayor y que varios cuerpos aun habían perdido sus posiciones, apareciendo alguno de la derecha en la izquierda. Ordené que se hiciera alto, y temiendo en estas circunstancias un encuentro con el enemigo, que nos hubiera ocasionado un desastre irremediable, siendo nosotros los sorprendidos en lugar de sorprenderlo, resolví volver al campamento, enviando algunos individuos por delante, a fin de que se encendieran allí algunas fogatas que nos guiaran. Hecho esto, se verificó la contramarcha y llegamos al amanecer del 26, ocupando todo el ejército las mismas posiciones que antes.

Como lo comprendereis, señores, deploré profundamente el ver frustrado este plan, que en mi concepto, repito, era el único que podía haber asegurado la victoria. Pero, en fin, se había malogrado por una fatalidad, y no había más que conformarse y atender al desarrollo de los sucesos.

Al amanecer del memorable día 26, vimos presentarse las guerrillas enemigas, que venían persiguiendo a las nuestras y a los cuerpos de nuestras vanguardias, que, a causa de la oscuridad de la noche, habían pernoctado en la llanura y volvían a sus puestos al amanecer, soportando los fuegos contrarios.

Poco después, apareció todo el grueso del ejército enemigo y principió a desplegar sus masas, formando varias líneas de batalla, fuera de la caballería, que parecía muy numerosa y fuerte.

Al desplegarse las fuerzas enemigas, y a primera vis-

ta, podía notarse su inmensa superioridad sobre las nuestras; pues, como he dicho, no solo presentaban varias líneas de batalla sino que tambien se hallaba apoyada su retaguardia por una formidable caballería; al paso que nosotros no contábamos sino con dos líneas y nuestras escasas reservas, sin mas caballería, propiamente tal, que un cuerpo, que podía considerarse como insignificante.

En fin, estábamos al frente del enemigo y resueltos a afrontar con denuedo una lucha tan desigual a la vez que inescusable.

Hice tocar generala y se puso todo el ejército sobre las armas.

Recorrí las filas y dirijí la palabra a todos los cuerpos, recordando a cada uno sus deberes y antecedentes y tratando de enardecer el entusiasmo bélico que los habia animado a tomar las armas, para la defensa de la causa mas santa despues de la guerra de la emancipacion.

El órden de batalla quedó establecido de la manera que vereis en el parte respectivo pasado por el Estado Mayor General del ejército.

Eran las ocho y $\frac{3}{4}$ a. m. cuando se rompieron los primeros fuegos de artillería, los qué se suspendieron por de pronto. Poco despues recomenzaron, volviendo a suspenderse por tres o cuatro veces con intermedios sucesivos.

Esta circunstancia me hizo comprender que el enemigo quería atraernos a todo trance fuera de nuestras posiciones y que aquélla era cuestion de paciencia para nosotros; pues conocidamente eran ventajosas, y el enemigo no se atrevía a atacarlas de una manera decidida. En efecto, teníamos desde luego la ventaja de no presentar blanco a sus tiros, pues

nuestra primera línea se hallaba oculta detrás de la ceja de la meseta y solo se distinguían las piezas de artillería, al paso que dominábamos nosotros toda la planicie que él ocupaba. Por otra parte sus tiros de cañon no nos causaban daño alguno; porque, o bien caían detrás de nuestras filas, por la parábola que describen los proyectiles, o bien se enterraban las bombas en la arena, estallando allí y produciendo una especie de ebullicion en la tierra, pero sin causarnos mayor mal. Esto dió lugar a que el General Pérez calificase cada disparo de “una onza de oro perdida,” aludiendo al costo de cada tiro y a su completa ineffectacia. En consecuencia, ordené que no se abandonáran las posiciones, ni se saliera de ellas, debiendo evitarse el fuego de rifles miéntras que el enemigo no se pusiera a tiro.

En vista de nuestra impasibilidad y conociendo quizá nuestra resolucíon, los enemigos, se decidieron por fin a avanzar, y lo hicieron lentamente hasta hacer uso, no solo de las piezas de calibre mayor, sino tambien de los Krupp y ametralladoras.

La direccíon por donde avanzaban formando una línea de circunvalacion, era nuestra ala izquierda, como lo habia previsto yo desde el principio; razon por la qué coloqué allí nuestras mejores reservas.

Repentinamente, y cuando aun no lo esperaba, noté que se habia hecho pasar aquellas a la línea de batalla y que se comprometía el combate por nuestra parte, rompiendo el fuego de rifles por el ala izquierda, ántes de que el enemigo se hubiera acercado lo bastante. Esto lo atribuí al excesivo ardimiento de nuestros soldados y a su carácter impetuoso y precipitado.

Como quiera que sea, comprometido allf el combate y como por una especie de contagio magnético se estendió

poco a poco al resto de la línea de batalla, hasta que por fin se hizo general.

Eran horas 10 a 11 a. m.

En estos momentos me dirijí hácia el ala derecha, y en una pequeña eminencia me encontré con el General Montero, que venía hácia el centro. Nos detuvimos allí un instante, por ser un sitio a propósito para observar en su mayor estension el campo de batalla. Era grandioso el cuadro que se presentaba a nuestra vista, y no pudimos ménos que permanecer absortos en su contemplacion.

Quisiera poder describíroslo con los mismos colores y variados matices con que se ofreció a mi vista. En nuestro costado derecho, donde el combate no era todavía mui encarnizado, el ala derecha de nuestra línea y la izquierda del enemigo presentaban el aspecto de dos inmensas fajas de fuego como envueltas por una especie de niebla iluminada con los tintes del crepúsculo de la mañana. El centro, donde obraba con mas vigor la artillería enemiga, ofrecía el espectáculo de un confuso hacinamiento de nubes bajas, unas blancas y otras cenicientas, segun que las descargas eran de Krupp o de ametralladoras. El costado izquierdo, donde el combate era mas réciamente sostenido, no presentaba sinó una densa oscuridad, impenetrable a la vista, pero iluminada de momento a momento, como cuando el rayo cruza el espacio en noche tempestuosa. El tronar era horrible o, mas bien, no se oia mas que un trueno indefinidamente prolongado. En su conjunto era arrobadora, señores, la contemplacion de este cuadro maravilloso, apesar de la íntima conviccion de que su fondo no contenía otra cosa que la desolacion y la muerte, disfrazadas con deslumbradores ropajes. (1)

(1) No se podía, en efecto, dejar de pensar con tristeza en el delirio de los hombres y de las naciones, que preparan esta es-

Habiéndome separado del General Montero, que quedó en aquel costado, volví apresuradamente al centro y, viendo que el combate arreciaba cada vez mas en el ala izquierda, ordené que las reservas del centro pasáran allá, lo que se verificó inmediatamente.

Duraba ya algun tiempo el combate, récio y sangriento en el ala izquierda, cuando recibí un ayudante del Coronel Camacho, que me pedía con instancia el batallon "Colorados" como refuerzo. Este se encontraba de reserva en el ala derecha, porque me lo habia solicitado encarecidamente el General Montero. Mandé a traerlo con la mayor brevedad y ordené a la vez que, para todo evento, viniese el batallon peruano "Canevaro," tambien de reserva en la misma ala. A fin de apresurar la marcha de estos dos cuerpos, me encaminé yo mismo a traerlos y volví con ellos a paso acelerado.

Al llegar, noté algunos síntomas de desórden en el ala izquierda. Me informé de lo que pasaba, y se me heló la sangre en las venas al saber que uno de los mas crecidos de nuestros cuerpos, el batallon "Victoria," apenas entrado en la línea de batalla, habia cedido el campo y principiaba a desordenarse. En la indignacion que esto me causó, mandé a los dos batallones que acababa de traer que hicieran fuego sobre los que huian, a fin de hacerles dar media vuelta y que recobrasen sus posiciones. Pero fué inútil, pues no se pu-

pecie de brillantes hecatombes, cuando debieran preocuparse, especialmente en nuestra jóven América, tan rica de porvenir, en anuar sus esfuerzos y su vida, y preparar las nobles batallas de la industria, de la actividad y de la inteligencia, que son las batallas que el progreso y la civilizacion modernas libran contra la ociosidad, la ignorancia y el espíritu vandálico de los tiempos pasados. [Esias mismas ideas manifesté en el artículo que dirigí en 1876 al "Autógrafo Americano," coleccion publicada en Buenos Aires al siguiente año.]

do conseguir que aquellos se contuvieran. En vista de esto, ordené que los dos batallones avanzáran sobre la línea y llenáran el claro que habia quedado en nuestras filas. Entraron en el combate con un denuedo y bizarría superiores a todo elogio, hasta el punto de tomar prisioneros y piezas de artillería al enemigo y de hacerle retroceder, cargando a la bayoneta. Pero éste, renovaba sin cesar sus refuerzos y reservas y, viendo yo que el número iba a inutilizar los heroicos esfuerzos de los nuestros, mandé que algunos cuerpos del centro, donde el combate era ménos reñido, se recostasen hácia el ala izquierda. Al mismo tiempo envié mi escolta, mandada por el Capitan Jésuspe, á fin de que hiciera un esfuerzo supremo para reunir a los que se habian dispersado. (1)

En estos momentos solemnes se me anuncia por el Teniente Julio Zilveti, que el Coronel Camacho habia caido herido y que este fatal accidente desanima las tropas. Como ántes se me hubiese dicho que el General Acosta habia sido destrozado con su caballo por una bomba, ordeno que el Coronel Ramon Gonzáles se haga cargo del mando de esa ala, como el Jefe mas caracterizado que quedaba. Pero al mismo tiempo noto, que los nuestros empiezan a ceder abrumados por el número, insinuándose la dispersion en diversos puntos de la línea de batalla. A impulsos de la desesperacion que me infunde la inminencia de nuestro desastre, tomo un estandarte peruano y procuro reunir a los que se dispersan. No consigo que me rodeen sino 20 a 25

(1) Esta escolta constaba de 18 jinetes, que, por una deferencia especial, me habia cedido el señor General Montero. Tres de aquellos fueron heridos y tambien el caballo del Capitan Jésuspe, lo que me hizo notar éste, diciéndome: "General: mi caballo ha sido ya condecorado por el enemigo con una medalla de honor."

hombres. Viendo lo estéril de mis esfuerzos, dejo el estandarte a mi Edecan, el Coronel Ezequiel de la Peña, a fin de ver si podía contener a los demás dispersos. Ya no es posible. Entretanto, los batallones “Colorado” y “Canevaro” y algunos otros restos de nuestro ejército, encerrados en un semi-círculo de fuego, se abren paso al través de las filas enemigas y se batien en retirada, completamente destrozados. Encuentro a los señores Montero y Coronel Velarde, Jefe de Estado Mayor General del Ejército peruano, quienes me anuncian que ya todo parecía acabado sin remedio; que la derecha y el centro se habian deshecho completamente y peleaban en dispersion.

Al mismo tiempo se me advierte la caída del General Pérez, Jefe de E. M. G. del Ejército Aliado, quien habia sido herido en el fragor del combate y sucumbía lanzando vivas a la “Alianza.”

Juntamente con los señores Montero y Velarde, y haciendo un esfuerzo supremo, trato de contener a los que huyen, en una ceja de las caídas que dan vista a Tacna, para conducirlos en orden a esta ciudad. Ya no es posible. Arrastrados por el terror, ya nada escuchan y precipitan su marcha.

Eran las tres y media p. m.

Los enemigos dominaban las alturas y nos hacían algunos disparos de artillería, que alcanzaban a la ciudad de Tacna, hácia la que me retiraba lentamente con los señores Montero y Velarde. (Véase anexo número 3.)

A la entrada a aquella ciudad, el General Montero se separó de mí manifestándome que iba a comunicar sus órdenes a Arica. Una vez en la ciudad, indagué por el señor Solar, Prefecto del Departamento de Moquegua [que era en realidad el alma de la política de Lima] y, al encontrarle,

en la plaza principal, conferenciamos respecto a lo que se debía hacer. Él me espresó que su intencion primitiva para el caso de un desastre habia sido retirarse a Arica; pero que eso ya no era posible ni tenía objeto, y que verificarían su retirada a Puno por Torata. Yo, por mi parte, le dije que me retiraba por Palca, donde habia víveres y recursos enviados por Bolivia y podría reunir los restos del ejército boliviano que se retiraba por esa ruta.

En estos momentos, notamos que el enemigo avanzaba y que eran mas vivos los fuegos sobre la ciudad; por lo qué nos apresuramos a salir de ella, tomando el camino de Pachía y San Francisco. En este punto se separaron de mí los señores Solar y Velarde, quienes se dirijian al lugar llamado Calientes, donde, segun avisos, se encontraba el General Montero con un considerable número de dispersos peruanos. Al despedirme de ellos les espresé mi anhelo por que el desastre que acabábamos de sufrir no fuera parte a debilitar los vínculos de la Alianza. Me correspondieron con igual manifestacion, espresándome que creían que esos vínculos, léjos de debilitarse, se fortificarían, puesto que se habian sellado con la sangre derramada por ambos pueblos en el campo de batalla. Al mismo tiempo me espresó el señor Solar que se complacerían en transmitir al señor Piérola los nobles conceptos que acababa yo de espresarles.

A las seis de la misma tarde llegué a Palca, donde tuve conocimiento de que habian pasado muchos dispersos, por lo que resolví continuar la marcha al dia siguiente, 27, a Yarapalca, 3 leguas de aquel punto. Encontré allí, en efecto, muchos de ellos y supe que por detras venían muchos mas. Como aquel era un punto apropiado para detenerlos y reunirlos, resolví permanecer allí y tomé las medidas necesarias para que ninguno pasára adelante.

Inmediatamente, comuniqué a la Soberana Conven-

cion los sucesos ocurridos, mediante el parte oficial de que tiene conocimiento. (Anexo Núm. 4.)

En aquel mismo punto, recibí noticias de que dos cañones Krupp, que salvaron del campo de batalla y fueron conducidos hasta San Francisco, habian quedado allí por falta de arrias. Ordené que inmediatamente se recojieran todas las mulas que hubiera en el lugar, principiando por las mias, y envié al Coronel Lucindo Revilla a traer los cañones.

Recibí tambien un oficio del General Montero, datado en el punto de Calientes, en el que me pedía órdenes respecto a lo que debía hacer. Contestéle, que debía sujetarse a las órdenes e instrucciones del Gobierno de Lima, puesto que yo habia dejado el carácter de General en Jefe del Ejército-unido que habia desempeñado.

Reunida en Yaropalca una buena parte de los restos del ejército y con conocimiento de que las dos piezas de artillería estaban ya en marcha, me dirijí a Corocoro el dia 29. —Llegado a ese punto recibí la Comision enviada por esta Soberana Convencion a saludarme y poner en mi conocimiento que yo habia sido elegido Presidente Constitucional de la República.

Al recibirla, quedé sorprendido y profundamente reconocido por el honor que se me dispensaba. Fué para mí un lenitivo en la inmensa angustia que destrozaba mi corazon, despues del terrible desastre que habíamos sufrido. Esa muestra espléndida del reconocimiento de mis esfuerzos y sacrificios, aunque desgraciados, me comprometió aun mas desde ese momento a consagrar sin reparo los dias que me quedan de vida al servicio de esta Patria tan querida y hasta aquí tan desgraciada. Así lo espresé a la H. Comision, y tengo el honor de repetirlo ante vosotros.

Después de algunos días de permanencia en Corocoro y de haber dictado las medidas necesarias para acabar de reunir las tropas dispersas, me encaminé a Viacha, señalando este lugar como punto de reunión o cuartel general para todo el ejército, a fin de que se dirijiesen allí algunos grupos que sabía venían todavía en dispersión. Para todo evento, dejé un cuerpo en Corocoro con el objeto de contener los dispersos que quedasen y de evitar los abusos que pudieran cometer libres de todo freno y represión.

Por fin, el 10 del presente, tuve la satisfacción de entrar a esta ciudad, mereciendo sinceras demostraciones de parte de este pueblo, siempre noble y generoso.

Muy en breve tendré el gusto de presentar ante vosotros y ante el pueblo, los restos que se han salvado de nuestro ejército. Inmensos sacrificios y rudos trabajos me ha costado, señores, el reunir y conducir con orden esos restos, esponiéndome a riesgos aun mayores que los del campo de batalla; como podeis figurároslo, considerando la larga travesía que ha habido que practicar con un ejército derrotado, y desmoralizado por la misma derrota. Pero esos sacrificios son insignificantes si se considera que se ha logrado salvar cerca de mil hombres, es decir, una cuarta parte del ejército, y dos piezas de artillería; reduciendo así nuestra derrota a las condiciones de una honrosa retirada, como os convencereis en vista de esos restos gloriosos.

Este es, señores, el modo como se han desarrollado, durante mi dirección, los sucesos de esta campaña, que será célebre en los fastos de la historia americana, y que ejercerá una influencia trascendental en sus futuros destinos.

Después de la relación que acabáis de escuchar, voy a hacer algunas reflexiones generales, a fin de que se juzgue mi conducta bajo el punto de vista de las reglas del arte militar, ántes, durante y después de la batalla del 26 de mayo.

Desde luego, como ya lo he hecho notar al principio, mi presencia en Tacna reanimó los espíritus, inspiró confianza, levantó los ánimos y, lo que importaba más, contribuyó poderosamente a fortalecer los vínculos de la "Alianza," demasiado debilitados por entonces. Con las medidas que tomé, tanto en el ejército como en la organización del Estado mayor general, se restableció la armonía en ambos ejércitos, y esto se hizo extensivo al pueblo mismo de Tacna. Puedo decir que la alianza no existía sino en el nombre u oficialmente, pero no en el hecho. Yo logré restablecerla, haciendo cambiar por completo el aspecto que hasta entonces habían tenido las cosas. Esto era de importancia capital en aquellos momentos, pues mal podría librarse una batalla con un ejército compuesto de elementos de dos nacionalidades distintas, sin que hubiera perfecta armonía entre ellos. [Anexo Núm. 5.]

En cuanto a las posiciones que adopté para el combate, eran a mi juicio inmejorables y las únicas que se podía elegir, dada la situación en que nos encontrábamos. Para apreciar este punto, hañ que partir del principio de que la primera obligación que tenía que atender, era la defensa de las poblaciones de Tacna y Arica; tanto porque esto se había ordenado espresamente por el señor Piérola, cuanto porque esos dos puntos constituían precisamente los objetivos principales de la campaña en aquellos momentos. (1)

(1) Desde que me hice cargo del Ejército Aliado, el señor General Montero me manifestó que tenía instrucciones especiales del Gobierno de Lima para no abandonar bajo pretexto alguno nuestra base de operaciones, que la constituían Tacna y Arica.

El ejército aliado estaba situado allí con el fin esclusivo de defenderlos, y el ejército invasor venía a apoderarse de ellos. Abandonarlos, pues, era rendirse sin combatir, puesto que se entregaban al enemigo las plazas que codiciaba. Por otra parte, ese abandono habría sido mui mal visto y aun resistido por los peruanos, y lo habrían atribuido a móviles indignos de parte de los bolivianos; tanto mas, cuanto que en el ejército predominaba el espíritu boliviano. Bajo este supuesto, no podían haberse elegido mejores posiciones que las adoptadas, porque, una vez establecido aquel objetivo primordial, eran las mas apropiadas para resistir al enemigo y neutralizar en parte la inmensa superioridad de sus fuerzas y elementos.

En efecto, pude conseguir desde luego que no pudiera obrar su poderosa caballería, pues, a este respecto, como lo hice notar al principio, la posición era mui ventajosa. Estábamos situados en un paraje dominante y teníamos perfectamente resguardados los flancos de nuestra línea de batalla por unas hondonadas, que hubiera sido difícil franquear, por lo medanoso del terreno. Así es que aquella quedó casi inutilizada, pues no habría podido obrar en aquel terreno, por nuestros flancos, sin esponerse a un fracaso. Con una carga por aquellos terrenos quebrados y medanosos, los caballos hubieran llegado sumamente fati-

Posteriormente he recibido, en efecto, un oficio fechado en Lima, a 29 de abril de 1880, en el que el señor Secretario de Estado en el Despacho de la Guerra, entre otras cosas, me dice lo siguiente:

“El mencionado General en Jefe (señor Lisardo Montero), ha tenido instrucciones especiales de S. E. el Jefe Supremo de la República, comunicadas por esta Secretaría, en las cuales se le señalaba como objetivos principales—1. ° la defensiva absoluta de Tacna y Arica; y 2. ° la defensiva-ofensiva de las alturas de Moquegua.”

[Firmado]—*Miguel Iglesias.*”

gados y no habrían podido resistir el choque ni de una guerrilla. Por esto es que el enemigo no intentó siquiera obrar con la caballería, sinó por nuestra ala izquierda y casi de frente, mas nunca de flanco ni mucho ménos por nuestra retaguardia, que estaba igualmente resguardada.

La artillería enemiga tampoco pudo obrar a su satisfacción, a lo ménos en un principio. Ocupando nosotros la cima de una meseta, con una ceja bastante pronunciada por delante y con esplanadas o glacis al frente del enemigo y a nuestra retaguardia, nuestras dos líneas de batalla, y aun las reservas, eran invisibles para el enemigo y permanecieron así hasta que se encarnizó el combate y nuestras tropas salieron de sus posiciones; de manera que, cuando empezó el combate, no presentábamos blanco alguno pronunciado a los disparos del enemigo, especialmente a los de su artillería, que, por su poder habría bastado para deshacernos en cualquiera otra posición. (*)

(*) *Prensa Chilena.*

Hé aquí sus apreciaciones respecto al rol que cupo a la artillería y caballería del ejército de Chile en el combate:—

“No desempeñó, pues, la artillería en la batalla del 26 el importante papel que estaba llamada y que el buen sentido del ejército entero le había designado desde la partida de Yaras. Allí todos, . . . creían que nuestra numerosa y bien servida artillería iba a ser el principal elemento que emplearíamos para batir al enemigo en sus atrincheramientos.

.....
“Si sucedía lo primero, nuestra caballería, compacta y unida, debía perseguir inmediatamente al enemigo hasta dispersarlo por completo;

.....
“Los infantes estaban humillados, . . . mientras jinetes y artilleros se pavoneaban con la gloriosa faena que les esperaba.

“Después del combate cambiaba el aspecto de las cosas. Eran los jinetes y los artilleros los que se manifestaban como

Estas condiciones contribuyeron tambien a favorecer nuestra retirada, que, sin ellas, hubiera sido casi imposible; porque, sin la proteccion del terreno, le hubiera sido mui fácil al enemigo rodearnos completamente con sus numerosas huestes.

Bajo el punto de vista estratéjico, la posicion era, pues, favorabilísima, y satisfacía a las prescripciones fundamentales del arte militar. (**)

Otra circunstancia especial de que debo hacer mérito es, que la ceja donde estaba trazada nuestra línea de batalla, presentaba una semi-curva, cuya parte convexa o saliente daba al enemigo, y la cóncava a nuestra retaguardia. Habia yo aprovechado de esta forma en consideracion a la superioridad

“ avergonzados con el pequeño papel que habian desempeñado en la jornada.”

(*Del corresponsal de “El Mercurio” de Valparaíso, Núm. 15,977, páj. 2. º, col. 3. º*)

(**) Dice la misma prensa chilena:—

“ De este a oeste está surcado el terreno por leves ondulaciones, paralelas a la quebrada de Tacna, ondulaciones que dejan entre sí anchos montículos, por cuyas faldas es aun mas arenoso el terreno y por lo mismo mas fatigosa la marcha. A la izquierda, o sea hacia el lado de los cerros, no son tan marcadas estas zanjas; pero en la estrema derecha de nuestra línea llegan a formar estensos fosos o fortificaciones naturales, que ha aprovechado hábilmente el enemigo.”

“El campamento atrincherado del enemigo, que dista de Tacna dos leguas y media, hace honor al General Campero, que lo eligió, y es un lugar que se presta fácilmente para una larga, obstinada y ventajósima defensa.”

“ Ya a los 20 minutos de aquella acelerada marcha se oía la respiracion jadeante y fatigosa de nuestros sufridos infantes. El sol, la sed, el arenoso suelo principiaban a acobardarlos, mas que las balas del enemigo” . . .

(*Del corresponsal de “El Mercurio” de Valparaíso, Núm. 15,974, páj. 2. º, cols. 6. º y 7. º*)

dad numérica del enemigo, a fin de que tuviera él necesidad de estender sus fuerzas en un espacio mucho mayor, debilitándolas, por consiguiente, si quería abarcar toda nuestra curva. De este modo, tambien, nosotros podíamos obrar por detras de nuestra línea con suma rapidez, miéntas que ellos tenían que hacer sus movimientos mui lentos y tardíos por detras de la suya. Esto, agregado al relieve de la ceja del terreno, nos daba mucha ventaja, sea para mover la segunda línea en cualquiera direccion, sea para trasladar reservas de un lado a otro, libres del fuego enemigo y fuera de la vista de aquél; al mismo tiempo que, dominando nosotros el declive o glacis que se desprende de la meseta, no perdíamos ninguno de sus movimientos. (1)

En el curso de mi relacion habeis visto tambien, que se acudió con todas las fuerzas disponibles al punto en que el enemigo concentraba sus mayores esfuerzos, es decir, a nuestro costado izquierdo, a donde envié, en los momentos en que por allá arreciaba el combate, todas nuestras reservas hasta quedar sin un hombre mas. (2) Se vé, pues, que

(1) *Prensa chilena:*—

“Fueron los Zapadores, colocados junto al Atacama, los que mas comprometidos estuvieron, atacando el centro junto con los sacrificados cuerpos de la 2.ª division. En aquella parte el enemigo ocupaba, como hemos dicho, posiciones ventajosísimas, y estaba mandado por el general boliviano Campero, que hasta el dia ántes habia sido general en jefe del ejército aliado.”

“La mayor parte de las tropas del centro pertenecían tambien al ejército boliviano, y las ametralladoras, colocadas allí en la misma línea de infantería—como hubieron debido estarlo las nuestras—eran hábilmente dirigidas contra nuestras filas.”

(De “El Mercurio,” pág. 2.ª, col. 1.ª)

(2) *Prensa chilena:*

“A pesar de todo, los Navales habian avanzado hasta encontrarse

en esta parte, tambien se satisficieron perfectamente las exigencias del arte de la guerra, en lo que estaba en mis manos y en cuanto lo permitían los elementos y medios de que podía disponer; es decir, que se atendió con las mayores fuerzas posibles al punto en que el enemigo dirigía su ataque principal. Reducida nuestra línea a su menor espresion, sin refuerzo alguno, al paso que el enemigo se multiplicaba en todas partes, aquella, que no era mas que una cuerda en su mayor tension, tuvo que romperse por todas partes al empuje de las falanges contrarias, necesariamente y sin remedio.

Como se vé, señores, nuestro desastre no podía ni puede atribuirse a faltas cometidas en la direccion de las operaciones ni a imprevision de especie alguna, sinó únicamente a la superioridad del enemigo en número, en elementos y recursos de todo género. En efecto, en cuanto al número, se puede asegurar que era casi el doble respecto del nuestro, pues contaba con un ejército que podía calcularse de 14 a 16 mil hombres, miéntras que el nuestro solo era de 9,300, incluso los enfermos como ántes lo he dicho. Su artillería, que constaba de 50 a 60 piezas, era de mayor calibre y de mas poder que la nuestra, que solo constaba de 23 piezas, no todas de buena calidad; los Krupp de aquélla eran del calibre de 9, aparte de 8 piezas de mayor poder, miéntras que los nuestros, que no formaban sinó una bate-

“ ya casi en la boca de los cañones. El enemigo no retrocedía un
“ paso, y concentrando allí todos sus esfuerzos, hacía una deses-
“ perada resistencia, lanzando sobre los nuestros una granizada
“ de certeros disparos. El Aroma habia llegado en apoyo de los
“ ya casi concluidos Colorados, y oponía una valerosa actitud al
“ rabioso empuje de los Navales.”

[De “*El Mercurio*,” Núm. 15,974, pág. 3. º, col. 1. º]

ría de 6 piezas, solo eran del calibre de 6 (1); en fin, aquella estaba infinitamente mejor provista y servida que la nuestra.—Su caballería era poderosa, pues constaba de mil jinetes, perfectamente equipados y provistos de arma blanca y de fuego, al paso que nosotros no contábamos con este elemento tan necesario; pues no es de considerar el pequeño cuerpo peruano “Húsares de Junin,” que no tenía sinó ciento y tantos hombres, bien montados, es verdad, pero provistos solo de armas de fuego, lo qué le hacía en cierto modo inútil para los servicios a que la caballería se consagra en una batalla.

A esto debo agregar una consideracion moral de mucha trascendencia. En el Ejército-unido, cuya organizacion y disciplina, en general, eran completamente viciosas y distantes de satisfacer a las reglas del arte moderno, habia cuerpos formados esclusivamente de aborígenes, a los qué, como sabeis, es difícil sinó imposible hacerles comprender la importancia de una cuestion internacional, y mas difícil todavía el interesarlos por ella. Bien comprendéis que, de semejante elemento automático, casi inaccesible al espíritu militar, no se puede formar verdaderos soldados, dispuestos a sacrificar su vida en aras de la patria. [2]

(1) “Los bolivianos por su parte salvaban de la pérdida una batería de cañones Krupp de montaña.”

[De “El Mercurio,” Núm. 15,976, pág. 2.ª, col. 4.ª]

(2) *Prensa chilena:*

“Otros de los muertos, sobre todo entre los soldados de los batallones peruanos, tenían una admirable expresion de bondad y de inocencia en el rostro, como que serían quizá infelices serranos o pobres cholos reclutados a la fuerza, como “voluntarios.”

“En general, los soldados bolivianos habían “muerto bien,” es decir, en actitud de guerreros. . . .”

(De “El Mercurio,” N.º 15,977, pág. 2.ª, col. 1.ª)

En suma, hablando matemáticamente, la batalla del 26 de mayo era una lucha de uno contra cuatro o, usando de términos familiares, era para nosotros lo mismo que “dar el cántaro contra la roca.” Esta es la verdad pura y neta.

Pero aquí ocurre una observacion que es mui natural. ¿Por qué siendo menor el número de nuestro ejército e inferior en todos respectos al del enemigo, no se verificó una retirada buscando otros medios de hacer la guerra, otro terreno donde poder cansarlo y contrarestar su superioridad con la estratèjia y las maniobras, y no dar un combate con la seguridad de ser vencido?

Contestaré a esta observacion que no tenía ni podía tener tal seguridad, puesto que, como lo he hecho notar anteriormente, por la falta absoluta de espionaje y de todo género de noticias, no tenía conocimiento exacto ni de la situacion del enemigo, ni de los elementos con que contaba. Conjeturaba solamente acerca de todo esto por las ideas que todos, mas o ménos, nos habíamos formado de esta campaña; y tenía noticias vagas y generales, que no eran bastantes, por cierto, para determinar la norma de mi conducta; pero no podía proceder con la exactitud y seguridad que se requiere en semejantes casos. Pude formar conciencia plena de nuestra situacion respecto al enemigo, solo cuando lo tuve al frente, y era ya imposible esquivar el combate ni tomar determinacion alguna; mucho ménos, la de una retirada que, acosados por el enemigo, no hubiera sido mas que una derrota tan desastrosa como humillante.

Se me replicará, quizá, que dados estos antecedentes era incomprendible el ataque de sorpresa que se intentó en la noche del 25, puesto que tal maniobra no podía efectuarse, sin conocimiento prèvio y exacto de la situacion y fuerzas del enemigo. Pero debo contestar a esto, que tomé esa

determinacion en vista de la seguridad acerca del movimiento ejecutado por aquél, deducida del incidente de la captura de las cargas de agua que os he referido, y por lo mismo que, merced a ese incidente, pude persuadirme de la superioridad de sus fuerzas, que hacía casi imposible el éxito para nosotros, no siendo mediante un golpe que pudiera neutralizarla, a lo ménos en parte. Ese incidente, como os he dicho, ocurrió durante el día y cuando ya no era posible, tampoco, tomar otra determinacion respecto a una retirada u otra evolucion, porque teníamos el enemigo a ménos de una jornada.

Pero quiero deciros algo mas a este respecto, y lo haré con entera sencillez y franqueza. Aunque hubiera tenido conocimiento anticipado y perfecto de las fuerzas enemigas, no hubiera pensado jamás en evitar la batalla ni en retirarme a ningun punto; pues, como os he dicho anteriormente, nuestra mision clara y definida era defender Tacna y Arica, y mal podíamos cumplirla abandonando esos puntos. La retirada hácia Arica era imposible y absurda, porque allí carecíamos de toda especie de recursos y quedábamos a merced del enemigo, espuestos a una capitulacion vergonzosa y sin objeto. La retirada en cualquiera otra direccion importaba la entrega de aquellas plazas.

Cuando yo fuí al teatro de la guerra, ya estaba todo preparado en ese sentido y los sucesos se hallaban demasiado adelantados para poder darles otra direccion; no habia mas remedio que aceptar la situacion tal como la habia formado el desarrollo de los hechos. Con mi presencia, quise solo evitar que, a consecuencia del desacuerdo entre los jefes y la falta de armonía en los ejércitos aliados, ocurriera un desastre aun mas ignominioso que el de San Francisco, recayendo toda la culpabilidad sobre nosotros, los bolivianos.

Pude quizá haber dado otro giro a la guerra, retirándome con el ejército al interior de Bolivia o del Perú; pero es indudable que éste nos hubiera enrostrado la entrega de Tacna y Arica y la hubiera atribuido a una deslealtad hacia la Alianza; tanto mas, cuanto que ya pesaban sobre nosotros los funestos resultados de la retirada de Camarónes, que tan negro baldon atrajo a nuestras banderas. Fuí, pues, a ponerme al frente del ejército aliado por salvar nuestra honra, dispuesto a tomar las cosas como estaban, aceptando de antemano un sacrificio casi cierto en aras de la Alianza, y como testimonio de lealtad hacia el aliado.

Después del combate, he hecho todo lo posible como General en Jefe, para salvar los restos del ejército y alguna parte de nuestra artillería, como lo verá el pueblo y esta Soberana Convención. Para lograr este resultado, no he escusado esfuerzos de especie alguna y, felizmente, éstos no han sido vanos; pues, como ya os lo he manifestado, la reunión de los dispersos y la retirada hasta este pueblo, se han verificado en mejores condiciones de las que eran de esperarse. (1)

En suma: creo haber cumplido mi deber, como General en Jefe del Ejército Aliado, haciendo todo lo posible, a fin de que, ya que era preciso dar una batalla obligada y desventajosa, se tomáran por nuestra parte todas las disposiciones necesarias para procurarnos, si no un triunfo, que era casi

(1) *Prensa chilena:*

“.....De manera que, fuera de los muertos y heridos, podía decirse que el ejército aliado se había retirado intacto después de su derrota.

(Del corresponsal de “El Mercurio,” N.º 15,976, pág. 2.ª, col. 5.ª)

imposible, [1] por lo ménos una defensa que hiciera pagar al enemigo a mui caro precio la victoria, como ha sucedido en efecto. [2]

(1) Santiago, junio 13 de 1880.

“La situacion creada por la victoria de Tacna y toma de Arica no tiene nada de imprevisto. Era una de las probabilidades,—y la mas segura talvez,—de las que han alentado las expectativas de la opinion durante el desarrollo de la actual campaña.”

“Podía mui bien suceder que la resistencia de los enemigos hubiera exijido mas largo tiempo y mayores sacrificios para llegar a resultado; pero, desde que se acometió la empresa, se abrigó siempre plena conviccion de que mas tarde o mas temprano se alcanzaria el éxito que hemos obtenido”

“Aun en la hipótesis de un contraste para nuestro ejército espedicionario, la misma prevision ha debido seguramente presidir en las disposiciones tomadas por nuestra direccion militar. Nuestra accion y nuestros elementos han debido estar dispuestos para hacer frente a todos los eventos de la campaña.”

(De “El Ferrocarril” de Santiago, N. ° 7,673, pág. 2. °, col. 4. °)

(2) Prensa chilena:

“Nuestro ejército acaba de dar un nuevo dia de gloria a la república, en la batalla mas grande y encarnizada que registran los anales de la presente guerra.”

(Del corresponsal de “El Mercurio” de Valparaíso N. ° 15,974, pág. 2. °, col. 4. °)

“La 1. ° Compañía, que acudió en auxilio de la 2. °, fué tambien envuelta por compactas masas enemigas, y viéndose en estremo peligro de caer toda en el campo o de ser hecha prisionera, tuvo que batirse en retirada, perdiendo mucha jente.”

“Casi la misma suerte corrió la 3. ° que fué mandada en apoyo de las anteriores, y en estos momentos el capitán Torreblanca, que hacía prodijios de audacia y de heroismo, sin retroceder un paso, cayó herido de un mortal balazo en la cabeza.”

“Las tres compañías se replegaron entónces a las restantes, y el enemigo ocupó victorioso las posiciones que ántes tenian las avanzadas del Atacama.”

Podemos pues decir, señores, como Francisco 1.º después de la batalla de Pavía: “*Todo se ha perdido, menos*”

.....

“Bien es verdad que el Valparaíso *se batía en retirada* paso a paso y en tanto orden como al hacer un ejercicio; pero aquella disciplina del veterano batallón portefeño, que mantenía a raya al enemigo, no era bastante para impedir el avance de éste por el lugar que ántes ocupára el Esmeralda”.....

“El enemigo continuaba, mientras tanto, su movimiento de avance y pronto acabaría de envolver a los atrevidos Navales.”

“En estos momentos los Granaderos, que veían avanzar rápidamente al enemigo por aquel costado, con grave peligro de envolver al Esmeralda y al Chillán, y que tenían orden de cargar, mediante las repetidas peticiones del coronel Vergara y del comandante Holley, del Esmeralda, principiaron a avanzar por aquel lado a fin de preparar una de sus temidas cargas.”

“En efecto, pocos minutos mas tarde se colocaban los escuadrones en línea de batalla, y adelantaban resueltamente a paso de trote sobre el enemigo, que los recibía con una granizada de balazos.”.....

“Es verdad que algunos Navales, en medio de la confusión y de la polvareda, cayeron también heridos por los nuestros, pero esto era de todo punto inevitable dada la colocación que habían tomado los enemigos.”

“En cambio, los restantes, pudieron *retirarse* tranquilamente y rehacerse a espaldas del regimiento de Granaderos.”

“Durante aquella carga sufrió nuestra caballería un respetable número de bajas, entre las cuales se cuenta la del alférez Aspillaga, etc.”.....

“Una vez terminada la carga y despejado el campo, los Granaderos volvieron a ocupar su antigua posición a la derecha de nuestra línea de infantería.”

“Durante aquella penosa retirada eran heridos todavía al-

el honor” . . . algo mas: podemos decir que mucho se ha ganado,—puesto que nuestras armas han recobrado el brillo,

“gunos oficiales de las Navales, que fueron ese dia uno de los “cuerpos mas maltratados por la fortuna.”

“Respecto del Valparaíso, la gráfica relacion de un soldado de este cuerpo, a la cual solo alteramos la ortografía para “hacerla mas intelijible, dará a nuestros lectores una perfecta “idea de su papel durante la accion.”

“ “ Señor:—Principió la batalla a la hora que U. tendrá conocimiento. Mi batallon marcha a vanguardia de toda la primera division seguido de Navales, Esmeralda y Chillán. ” ”

“ “ Una vez llegados a la última loma, diviso a los famosos Colorados. ” ”

“ “ Sufrimos varias bajas en nuestras filas particularmente. ” ”

“ “ En la escolta del estandarte, que era de un sarjento segundo, dos cabos primeros y cuatro segundos y toda la banda de música, cayó herido el subteniente abanderado don “ José J. Droguet, y lo tomó el sarjento segundo Marcelino “ Henriquez. Como a los diez minutos cayó herido el sarjento; “ lo tomó el cabo primero José M. Zalfate y poco despues cae “ tambien; lo toma entónces el cabo segundo José Cabeza que, “ como sus compañeros, corre la misma suerte. ” ”

“ “ En la batalla fuimos derrotados por haberle venido una “ gran reserva a los Colorados. Ya nuestras filas estaban diezmadas y casi agotadas las municiones, y por el cansancio de “ dos horas de reñido combate.

“ “ Valparaíso y Navales andábamos todos reunidos despues “ de la retirada; pero guiados por el valor inimitable del bravo “ coronel don Martiniano Urriola, pudimos reorganizarnos y “ atacar con todo empeño. ” ”

“Mientras que la 1.ª Division se retiraba abrumada por “ aquel larguísimo esfuerzo, por el gran número de enemigos y “ por la falta de un refuerzo que se habia pedido con instancia, “ la 2.ª division flanqueaba tambien por la misma causa e iba “ cediendo poco a poco terreno al enemigo.”

“La suerte de Chile estaba entónces pendiente de un hilo, “ porque si aquellas dos divisiones se desconcertaban, declararían-

que tanto se habia empañado en varios trances de esta guerra desastrosa.

“dese en derrota, quizá hubieran introducido el pánico y el desorden en las restantes.” *

(Del “Corresponsal” del Mercurio, N.º 15,975, pág. 2.ª, columnas 2.ª, 3.ª y 4.ª)

“Además, bueno será advertir que los bolivianos trataron bien a los heridos chilenos que en nuestra ala derecha quedaron cerca de las trincheras, al emprender su lenta retirada esa parte de nuestra línea. Es verdad que en ello no habrán tenido pequeño influjo las prevenciones del Coronel Camacho antes de la batalla.”

[Id. id. N.º 15,977, pág. 2.ª, col. 5.ª]

* *Nota de N. C.* Cuando se piensa en la falta que hicieron al ejército aliado, en esos momentos supremos, los cuatro batallones dispersados en esta ciudad, como consecuencia inmediata del hecho sin nombre, consumado el 12 de marzo en Viacha, y también la de los dos cuerpos pedidos con tanta instancia a Potosí y que, sin embargo, no fueron de nuestro auxilio se oprime el corazón; tanto más, cuanto que Chile, desde el principio de la campaña sobre Tacna, contaba, como elemento para asegurar su triunfo, con nuestras insensatas disensiones:—

“La situación respectiva de los enemigos *las perturbaciones de su régimen político* han podido estudiarse paso a paso, y en todos sus detalles, para apreciar *con certidumbre* la línea de conducta que debiéramos seguir en presencia de los hechos que acaban de realizarse.”

[Editorial de “El Ferrocarril de Santiago,” N.º 7,673, pág. 2.ª, col. 4.ª]



Anexos.

ANEXO N. ° 1.—(Corresponde a la pág. 5.)

EL PRESIDENTE DE BOLIVIA AL EJÉRCITO ALIADO DE TACNA.

DEFENSORES DE LA ALIANZA:

Vengo del corazón de Bolivia, portador de sus nobles y generosos sentimientos, que hoy se cifran en una sola idea: la idea del sacrificio y de la gloria común.

Fuí el primero en protestar, allá en Tupiza, contra la villana ocupación de Antofagasta; seré el último en plegar la santa bandera que entonces enarboló mi brazo.

El desenvolvimiento de la guerra separó nuestros campamentos; pero, al través de la distancia, no dejó de circular entre ambos el fluido eléctrico del patriotismo.

Desde el seno del desierto, acudí al llamamiento de mis conciudadanos para conducir la averiada nave del Estado. Las influencias de Chile hubieron de hacerla zozobrar, agitando el pélagos de las malas pasiones; hoy empero surca ella el mar sereno de la Soberanía popular, dirigiéndose, henchida de esperanzas, al puerto seguro de la Convención Nacional.

Mientras tanto, ávido de compartir de vuestras fatigas y glorias, no he podido resistir al ardiente anhelo de lidiar, a vuestro lado, en la contienda que con asombro especta la América entera.

PERUANOS:

Si no puedo ofreceros un gran continjente de luces, con-
tad, a lo ménos, con mi entera consagracion a la santa causa de
la Alianza, que es la causa de los Peruanos, como lo es de los Bo-
livianos. “*Fuimos unos. seámoslo-siempre,*” ligados por el impe-
recedero vínculo de la sangre generosa que Bolivia y el Perú ha-
brán de confundir, en una misma arena, por la vida de la Patria
comun.

BOLIVIANOS:

Subordinacion y constancia, y hareis pagar bien caro a los
invasores las efímeras ventajas con que tanto se han envanecido.

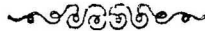
¡Valientes del Ejército-unido!—al vivac, al campo de honor,
a la gloria!

¡VIVA LA ALIANZA!

Vuestro General y amigo

Narciso Campero.

Tacna, 22 de abril de 1880.



ANEXOS N. ° 2.—(Corresponden a la pág. 11.)

EL CIUDADANO NARCISO CAMPERO,
GENERAL EN JEFE Y DIRECTOR DE LA GUERRA EN EL SUR DEL PERÚ,
AL EJÉRCITO-UNIDO.

DEFENSORES DE LA ALIANZA:

Por el espíritu de las actas populares de Bolivia, que me
encomendaron transitoriamente el gobierno de la República; y
por los términos de mi decreto y consiguiente proclama de acep-
tacion. Hoi deben cesar, de hecho, mis funciones de Presidente
de Bolivia. Por una consecuencia necesaria, debe cesar tambien
mi investidura del mando en jefe del Ejército-Unido.

No importa: mi espada continúa, como hasta aquí, al servicio de la Alianza.

CAMARADAS:

Aunque pasajeraamente, he merecido la alta honra, la dicha de mandar en jefe este lucido y denodado ejército. Quiero, ahora, tener la satisfaccion de enseñar, prácticamente, a nuestros jóvenes guerreros—que, mas que todo, *sé obedecer*, especialmente cuando se trata de salvar la Patria.

¡¡VIVA LA ALIANZA!!

Y por cuanto, al descender de la silla presidencial, debo entregar a otro el mando en jefe del Ejército-Unido, cúmpleme dar la siguiente—

ÓRDEN GENERAL:

Con sujecion al artículo I del protocolo celebrado entre los Plenipotenciarios de Bolivia y del Perú, en Lima, a 5 de mayo de 1879, y aplicando, por analogía, a los que hoi comandan el Ejército del Perú y el Ejército de Bolivia, lo establecido por dicho artículo para los respectivos Presidentes—

Art. 1.º Desde esta fecha, queda encargado del mando en jefe de ambos ejércitos, S. S. el General Cotralmirante don Lisardo Montero;

Art. 2.º Caso de muerte o imposibilidad de S. S. el General Contralmirante, lo reemplazará, como es natural, S. S. el Comandante en Jefe del Ejército boliviano, Coronel don Eliodoro Camacho, miéntras el Excelentísimo Gobierno del Perú resuelva lo conveniente;

Art. 3.º El infrascrito queda, desde esta misma fecha, sujeto a las órdenes del General (y, en su caso, del Comandante) en jefe del Ejército-Unido, y listo para ocupar el puesto que se le designare.

Hágase saber oficialmente a S. S. el General en jefe del Ejército del Perú y a S. S. el Comandante en jefe del de Bolivia,

para que cada cual comunique el contenido de la presente, a su respectivo ejército, en la correspondiente Orden general del día.

Dada en este “Campamento de la Alianza,” a 25 de mayo de 1880. (*)

NARCISO CAMPERO.



Estado Mayor General del Ejército Unido.

Campamento de la “Alianza,” mayo 25 de 1880.

A S. S. el Contralmirante General en Jefe del 1er. Ejército del Sur del Perú, don Lisardo Montero.

Señor

Cumpliendo con la disposición de S. E. el General en Jefe del Ejército Unido y director de la guerra, tengo el honor de pasar a manos de US. la adjunta Orden general, para su conocimiento y fines consiguientes.

Con tal motivo cábeme la satisfacción de reiterar a US. la expresión del distinguido y respetuoso aprecio con que soi de US. mui atento,

obsecuente
servidor.

Juan José Pérez.

Estado Mayor General del Ejército Unido.

Campamento de la “Alianza,” mayo 25 de 1880.

Al señor Comandante en Jefe del Ejército de Bolivia, Coronel don Eliodoro Camacho.

Señor

Cumpliendo con la disposición del señor General en Jefe

(*) Este documento ha sido atrocemente desfigurado en la Correspondencia de “El Mercurio” de Valparaíso, N. ° 15,977. . [?]

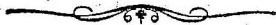
del Ejército-Unido y director de la guerra, me es grato pasar a manos de U. la adjunta Orden general, para su conocimiento y fines consiguientes.

Aprovecho de esta ocasion para renovar a U. las seguridades de la alta estima con que soi de U. mui

atento

servidor.

Juan José Pérez.



ANEXO N.º 3.—(Corresponde a la pág. 20.)

Durante nuestra marcha en retirada, el señor Coronel Velarde me preguntó con vivo interés, si estaba satisfecho de su conducta en el combate, yo, que la había presenciado y podía formar juicio de ella. Habiéndole contestado que indudablemente lo estaba, y mucho, me dijo: que quizá aquella pregunta me parecía indiscreta; pero que se veía en el caso de hacérmela, para asegurarse él mismo, mediante mi juicio, acerca de su comportamiento, pues desde la batalla de San Francisco se hallaba bajo la nota de cobarde, en cuyo supuesto se le habia dado de baja por el Gobierno de Lima. Al presente, cumplo un deber de justicia al hacer constar que la conducta del señor Velarde ha sido digna de elogio; pues en el cumplimiento de sus funciones, desplegó actividad, vigilancia y mucha serenidad al frente del enemigo.

NARCISO CAMPERO.



ANEXO N.º 4.—(Corresponde a la pág. 22.)

Yarapalca, a 27 de mayo de 1880.

Al Honorable señor Presidente de la Convencion Nacional de Bolivia.

Señor

El dia de ayer, en una meseta situada a las dos leguas de

Tacna, camino a Sama, despues de un reñido y sangriento combate de 4 horas, fué deshecho el Ejército-Unido de mi mando.

Hubo momentos en que la victoria parecía balancearse; mas, la gran superioridad del enemigo en número, calidad de armamento y demás elementos bélicos, hizo inútiles todas mis disposiciones y los esfuerzos de los bravos defensores de la Alianza.

El señor Contralmirante Montero, General en jefe del Ejército Peruano, que mandaba el ala derecha de nuestra línea de batalla, y el señor Coronel Camacho, Comandante en jefe del Ejército Boliviano, que estaba encargado del ala izquierda, y que cayó gravemente herido a tiempo en que mas arreciaba el combate por este lado; han llenado su mision cual corresponde a su bien merecido renombre.

El señor General Juan José Pérez, Jefe de Estado Mayor General del Ejército-Unido, ha muerto al llegar a Tacna, a donde fué conducido en camilla desde el campo de batalla.

Respecto a mi conducta como General en jefe del Ejército-Unido, prefiero que la Soberana Convencion forme su juicio por los datos particulares que sus HH. miembros podrán adquirir individualmente, tomándolos de los señores Jefes y Oficiales del Ejército, aparte de los que suministraré por mi parte a mi llegada a esa ciudad.

Con tal motivo, tengo el honor de ofrecer mis respetos al H. señor Presidente, como su

atento
obsecuente
servtdor.

NARCISO CAMPERO.



ANEXO N. ° 5.—(Corresponde a la pág. 24.)

“Agreguemos como dato curioso, que, a juzgar por todas
“ las demostraciones, solo despues de la llegada de las tropas bo-
“ livianas en los primeros dias de mayo se pensó sériamente en
“ hacer resistencia en Tacna. Hasta entónces todo el simulacro
“ de defensa se habia limitado a abrir unos cuantos hoyos al fren-
“ te de la ciudad, en el lado que mira a la bajada del camino a
“ Sama.”

“ Pero apénas llegado Campero, tomó el mando en jefe del
“ ejército, elijió el campamento donde se dió la batalla, que fué
“ bautizado con el nombre de “Campo de la Alianza,” y princi-
“ piaron a tomarse sérias medidas de defensa y de precaucion,....”

(De “El Mercurio” de Valparaíso, N.° 15,977, pág. 2.ª, col. 8.ª)

NOTAS DIVERSAS.

1.^a

Despues de prestado el informe que antecede, he visto varias publicaciones de la prensa de Chile, relativas al mismo asunto, y no puedo dejar pasar desapercibidas algunas aseveraciones enteramente contrarias a la verdad de los hechos.

Tanto el corresponsal de "El Mercurio" de Valparaíso, que hace la relacion circunstanciada de la batalla del 26 de mayo, como algunos partes oficiales del Ejército Chileno, aseguran, como cosa fuera de toda duda, que el Ejército Aliado combatió detras de trincheras, casi inaccesibles, y hablan de fosos, fortificaciones y formidables obras de defensa, exajerando el valor de los soldados chilenos al apoderarse de ellas. Pero, esto es completamente inexacto. Las formidables fortificaciones de que se habla no han existido sinó en la imajinacion de los que las han descrito, y es sensible que en hechos tan públicos y que están bajo el dominio de todos, se adultere la verdad de un modo tan flagrante.

No hube pensado siquiera en atrincherar al Ejército-Aliado, mui conforme por otra parte con las ideas que el Coronel Camacho me había manifestado a este respecto, hablando de su proyecto de ocupar el Valle de Sama.

Mi larga esperiencia en la carrera militar, tanto en combates dentro de la República como fuera de ella, me habia demostrado hasta la evidencia que el soldado boliviano no tiene condiciones apropiadas para batirse detras de trincheras o puestos fortificados, que inutilizan por completo sus aptitudes. El soldado boliviano es, en efecto, ardiente e impetuoso, mas apropiado para

el ataque que para la defensa, para arremeter mas bien que para resistir, al revés del soldado chileno, cuyo valor flemático y sereno lo hace susceptible de aprovecharse de cualquier parapeto o accidente natural del terreno y, la verdad sea dicha, capaz de rehacerse despues de haber emprendido la fuga.

Por otra parte, aun cuando hubiera pensado en tales fortificaciones, no hubiera sido posible construirlas, porque no disponíamos del tiempo suficiente ni de las herramientas necesarias para ello; fuera de que, el terreno mismo de nuestras posiciones no se prestaba a escavacion alguna sin ofrecernos un peligro. Efectivamente, el Coronel Juan Bautista Ayoroa, 1er. Jefe del Batallon Sucre, se habia propuesto abrir unos fosos para resguardar a aquél en la línea; pero, despues de escavado el terreno hasta una pequeña profundidad, se encontró con una formacion de pizarra deleznable, la qué, amontonada a los bordes del foso, habría causado efectos desastrosos, chocando en ella las bombas y metrallas enemigas. Esta circunstancia y la falta de herramientas, hizo desistir de su empeño al mencionado Jefe.

Además de esto, me llama la atencion el que se asegure con tanto aplomo la existencia de fortificaciones, siendo así que la batalla se ha librado, en realidad, en campo llano y sin que nuestro ejército hubiera mantenido ni aun sus posiciones naturales; pues, no bien se hizo general el combate cuando, llevado por su ardimiento propio, avanzó fuera de aquellas y se batió en la llanura, hasta haber sido allí deshecho. Esa circunstancia, que la deploré demasiado, apresuró quizá nuestro desastre; tanto mas, cuanto que mis disposiciones habían sido tomadas en el sentido de que el ejército no abandonára su posicion sinó cuando el enemigo se halláse en el glacis natural de aquella.

Muchos de los jefes y oficiales del ejército boliviano, que concurrieron a la jornada del dia 26, han increpado las mencionadas aseveraciones, atribuyéndolas a mala fé o al espíritu de invencion; y confieso que yo mismo quedé asombrado de ellas en un principio. Mas a fuerza de discurrir, creo haber descubierto

la causa que indujo a cometer, no una falsedad, sinó un error, al "Corresponsal" del "Mercurio" de Valparaíso y, a la vez, a los señores Jefes del ejército vencedor cuyos *partes* se registran en el N^o 15,975 de dicho diario.

Esa causa, pues, no pudo haber sido otra que—*la imaginacion*.—En efecto; la imaginacion suele muchas veces desviar a la razon, y la razon a los sentidos.—Voi a comprobar esto con un hecho práctico que, en años atras tuve ocasion de presenciar:—

Recien llegado a Paris un jóven hispano-americano, entró a un "*passage*" (especie de galería.) Lo primero que se le presentó a la vista, fué un cuadro, en cuya márgen superior se leía esta palabra—*Fermier*—, que el jóven, no mui fuerte en el francés, la tradujo para sí en español. Quedóse un momento contemplando el cuadro, y exclamó en seguida diciendo: "*¡Qué perfecto es! en los ojos y en todos los accidentes de la fisonomía se vé aquí un enfermo,*" siendo así que el cuadro representaba, en realidad, un bien conservado quintero, vestido en traje de tal y rodeado de ciertos emblemas de agricultura.

Haciendo ahora la aplicacion de aquel error involuntario a las aseveraciones relativas al "Campo de la Alianza," es de presumir—que, con motivo del reconocimiento militar que se practicó el 22 de mayo (que segun el mismo "Corresponsal" fué poco exacto), de algunos informes exajerados que llegaron al campamento chileno, y en vista de la impasibilidad con que el Ejército Unido se mantenía en sus posiciones, creyó el enemigo que estas eran formidables y se hallaban además aseguradas por obras de fortificacion pasajera. Bajo esta impresion se acometió el ataque, hubo una tenaz resistencia por parte del ejército atacado. y, dueño ya del campo el vencedor, se encontró allí con que la tierra estaba removida, que había zanjas, etc., y el "Corresponsal" del "Mercurio" y los jefes aludidos hicieron interpretaciones adecuadas a la idea de que se hallaban ya poseidos de antemano.

Como se trata de aseveraciones que podrían falsear en esta parte la Historia Sud-americana, aunque a riesgo de parecer mui

minucioso, creo de mi deber explicar lo que significaban las construcciones y escavaciones que el vencedor encontró en el "Campo de la Alianza."

Los "*montones de arena*," que es lo primero que llamó la atención de los vencedores, y que éstos apreciaron por *parapetos* de nuestras primeras guerrillas, no eran otra cosa que simples señales, puestas de trecho en trecho, para demarcar nuestra línea de batalla o, mejor dicho, para que las compañías de cada cuerpo, al toque de llamada, pudieran encajonarse entre ellas; siendo de advertir, que esos, propiamente hablando, *montoncitos* de arena, eran incapaces de servir de parapeto a un hombre, y que nuestras primeras guerrillas debían desplegarse, como en efecto se desplegaron, a cien metros a vanguardia de aquellos, pues de otro modo no podían nuestros hombres ver a los enemigos ni ser vistos por ellos.

El "*fortín*" tan nombrado en las publicaciones chilenas, consistía en un cuadro construido con sacos de arena y cascajo, que formaron los artilleros y zapadores, a retaguardia de la línea de batalla, para guarecerse del viento y, mui especialmente, para guardar allí su atalaje, municiones, víveres, forraje, etc., y evitar así que los cuerpos vecinos les sustrajesen sus provisiones; pero de ningun modo como obra de defensa, pues habría sido un contrasentido establecer la tal obra en un repliegue del terreno completamente dominado por la ceja de la meseta, tal que, una vez apoderado de ésta el enemigo, los hombres que se metiesen en el cuadro serían infaliblemente cazados por aquel, si así puedo espresarme.

Los "*hoyos*" que había, a retaguardia también de la línea de batalla, y que el "Corresponsal" dice "parecían cavados con el fin de contrarrestar las cargas de caballería," fueron hechos por las últimas secciones o compañías de las columnas situadas como a cien metros detras de aquella línea y formadas de derecha a izquierda, con sus correspondientes claros, en toda la estension de la meseta. Esa zona era verdaderamente el campamento, y los

hoyos eran un recurso buscado por la tropa para poder hacer mas fácilmente sus *carpas* (especie de tiendas de campaña formadas a la ligera con frazadas o tiras de lienzo) y dormir ahí dentro, con alguna comodidad.

Los ponderados “fosos” abiertos paralelamente a la línea de batalla, detras de los trabajos anteriormente nombrados, y a que tanta importancia ha dado el “Corresponsal,” fueron simplemente preciso es decirlo los lugares de desahogo para la tropa, que iban renovándose con otros nuevos, a medida que la salubridad lo exigía [!!!]

El *fuerte*: hé ahí toda la obra de defensa construida en el “Campo de la Alianza;” pero él se reducía a una media luna, de un diámetro de 15 metros, poco mas o ménos, hecha al único fin de cubrir a nuestros artilleros de los fuegos de frente u oblicuos del enemigo; pues, por lo demás, el tal *fuerte* (ya que así se le ha llamado) estaba completamente descubierto por detras. En realidad, esa calificada de “sólida obra,” por el Corresponsal, no era mas que un parapeto formado con sacos de arena y laja deshecha, sacada de la misma zanja abierta al pié de los sacos. Se hizo esta obra sin mi conocimiento, por espontaneidad de un señor Caballero, español, que fué destinado al servicio del ejército boliviano por el Coronel Camacho, en clase de ingeniero, mui pocos dias ántes de la batalla.

Cuando ví la obra, noté que ella adolecía del defecto de ser mui elevada y presentar, por consiguiente, un gran blanco al enemigo, siendo así que debería haberse procurado que ella no se alzase del nivel de la meseta, cuyo glacis es en aquella parte mas récio y pronunciado que en todos los demás puntos de la línea de batalla. Tenía además el inconveniente de que, en cayendo una bomba o granada sobre la laja deshecha que habia servido para el parapeto, esos mismos fragmentos de laja podrían saltar en todas direcciones y herir a los hombres que servían las piezas de esa batería. Por esto, aparte de la consideracion anteriormente in-

dicada, ordené que se deshiciese aquella obra; lo qué sin embargo no se efectuó, porque los enemigos no dieron tiempo.

Al concluir, debo hacer notar: que el mismo General en Jefe del ejército chileno, señor Baquedano, en una proclama al ejército despues de la batalla, con la seriedad y circunspeccion propias de un hombre que ocupa un puesto distinguido, solo se refiere a nuestras "*fuertes posiciones,*" y no ha creido necesario desfigurar los hechos para hacer resaltar la gloria que a él y al Ejército de Chile pertenece lejitimamente.

2.^a

Haciendo un singular contraste con la aseveracion chilena que acabo de rectificar en la nota anterior, un periódico de Arequipa, "El Eco del Misti," N. ° 351, en su editorial, dirige con demasiada acritud fuertes cargos a los directores del Ejército-Aliado, por no haber dispuesto fortificaciones y parapetos para esperar al enemigo. No me ocuparé de refutar estos cargos, que ya están desvanecidos con lo anteriormente espuesto.

En el mismo editorial, se hace tambien el cargo de no haberse retardado el combate por unos ocho dias, esperando que se hubiera incorporado a nuestro ejército la "Division Leiva."

Contestaré, que no sé si esa Division estaría o nó en aptitud de incorporarse, haciendo una marcha dificultosa y tardía; pero, de cualquier modo que fuese, querría que el señor editor de aquel periódico nos dijera simplemente: si cree, de buena fé, que los Directores, teniendo el enemigo al frente, podían hacer que éste se sujetára a la voluntad de aquellos, y esperára a que el Ejército-Aliado estuviese con fuerzas bastantes para librar la batalla?

Por lo demás, en mi informe he manifestado yá las circunstancias que me impedían operar cualquier movimiento en retirada, sin verme precisado a abandonar Tacna y Arica al enemigo.

El mismo periódico reprocha con severidad el ataque de

sorpresa que se intentó en la noche del 25 al 26. Pero este reproche, como todos los demás que contiene el citado periódico, es formado sobre juicios prematuros y anticipados, y sin conocimiento de las circunstancias que motivaron los hechos que se critican. No me ocuparé tampoco de él porque en el curso de la relación que hice ante la Convención, se encuentran esplicadas las razones que me indujeron a verificar ese movimiento, los móviles que me impulsaron y el modo cómo traté de efectuarlo. Sin embargo, a fin de desvanecer cualquiera objeción a este respecto, y de manifestar hasta la evidencia, que el plan era perfectamente acertado y el golpe de resultados casi seguros, transcribiré lo que a este respecto dice la prensa enemiga, cuyas apreciaciones deben, sin duda, merecer entera fé en esta materia.

Dice así: "No debe haber sido de mui buena gana la entrega (del mando en jefe del Ejército-Unido) porque el mismo 25 en la mañana, o mas bien en la noche del 25 al 26, trataba Campero de dar una sorpresa a nuestras tropas acampadas en ese momento en Quebrada Honda."

"Por fortuna las tropas aliadas se "empamparon," es decir, se perdieron en la pampa, y solo al amanecer del 26 venían a reconocer nuestras posiciones en los momentos en que los avisaba nuestra segunda división. Ésta habia sido idea de Campero, y a fé que demostraba inteligencia y audacia, y nosotros temblamos al pensar en el terrible aprieto en que se habrían encontrado nuestras tropas, escasas de todo en aquellos momentos y sin caballería y artillería."

(Del correspondiente de "El Mercurio" de Valparaíso, Núm. 13,977, pág. 3.ª, col. 1.ª)

3.ª

No debo tampoco dejar pasar inapercibida una apreciación de la batalla del 26 de mayo, hecha por el Presidente de la República del Perú, señor Nicolás de Piérola, en una proclama

que con fecha 13 de junio dirige a su Nación. En ella dice:—"El
" inesperado contraste de nuestro primer ejército del Sur, con-
" traste que una série de errores ha engendrado y que solo la im-
" paciencia de llegar a las manos con el enemigo podría espli-
" car:"

Estoy persuadido que estas palabras son debidas a informes exagerados y apasionados, que quizá se propusieron infundir un mal espíritu en las cordiales relaciones que reinan entre los Gobernantes de las dos Repúblicas aliadas. De cualquier modo que sea, debo creer que la "série de errores" de que habla el señor Piérola, se refiere a los tiempos anteriores a mi presencia en el teatro de la guerra y a la situación que me dejaron formada los que me precedieron en el mando de los ejércitos aliados; pues no puedo creer que se refiera a errores posteriores a la época indicada, que, en verdad, sería difícil poder señalarlos.

Sería sensible, *en fin*, que el señor Piérola se hubiese impresionado con rumores que lo indujeran a juzgar que hubo "impaciencia" por nuestra parte "para llegar a las manos con el enemigo." Bien se sabe que el desastre del 26 no ha sido ocasionado porque nosotros hubiésemos ido al encuentro del enemigo; sinó que fuimos buscados por él, y aceptamos la batalla, no siendo posible evitarla, por las razones espuestas en el informe dado a la Convencion. En este concepto, mal podría tachársenos de impacientes; a no ser que se haga referencia al acto mismo de la batalla, en el qué, como lo he dicho en otras partes, nuestros soldados exitados por el calor de la pelea, abandonaron sus posiciones y se precipitaron sobre el enemigo ántes de tiempo.

Esplicadas en este sentido las espresiones del señor Piérola, me complazco en manifestar que ellas no tienen el alcance ni referencia que la mala intencion ha tratado de atribuirles.

4.^a

Por último, creo tambien necesario ocuparme del cómpu-

to hecho por las publicaciones chilenas, de los dos ejércitos beligerantes, en la batalla del 26 de mayo. En ese cómputo se ha tratado de aumentar exageradamente el Ejército Aliado, que se ha fijado en el número de 14,000 hombres, al mismo tiempo que se disminuye el de las fuerzas chilenas, estableciendo que de éstas solo entraron al combate, de 7,500 a 8,000 hombres. (1)

Desde luego, haré notar que el cómputo que se ha hecho del Ejército Aliado es completamente inexacto, pues se han comprendido en él varios cuerpos que no han concurrido a la batalla y que ni siquiera han existido en el teatro de la guerra. (2). En efecto, figuran en el ejército boliviano, dos batallones "Victoria,"

(1) *Prensa chilena:*

"..... "Aquellos 4,300 hombres, entre los cuales se contaba la mas florida juventud de Valparaíso, Copiapó y la Capital, iban a combatir cansados, contra un Ejército de 14,000 hombres de refresco y parapetados en fuertes posiciones."

(*Del Corresponsal de "El Mercurio" N.º 15,974, pág. 2.ª, col. 8.ª*)

En otra parte dice: "Quizá esta circunstancia del escaso conocimiento del terreno y los falsos informes indujeron al general en jefe a cometer los numerosos errores estratégicos que se pudieron notar ese día, no siendo el menor el de que para atacar una fuerte línea de trincheras, defendidas por 14,000 enemigos, se estendiesen en línea de batalla en toda la enorme estension de legua y cuarto, los 7,500 a 8,000 hombres de las cuatro divisiones, que son los que única y exclusivamente ganaron la batalla."

(*Id., N.º 15,977, pág. 2.ª, col. 4.ª*)

(2) Cómputo de las fuerzas aliadas hecho por la prensa chilena:—

"El Ejército Aliado, cuyo número, segun los mismos peruanos, ascendía a 13,000 hombres de línea y unos 1,500 a 2,000 guardias nacionales, estaba compuesto de la manera siguiente:—

1.º y 2.º, el primero de los cuales se desbandó en San Francisco, y el segundo corrió la misma suerte a consecuencia de la revolución del 12 de marzo. Tampoco existieron los batallones "2.º Oruro" y "Bustillo," que, como es público y notorio, fueron los que operaron aquel movimiento revolucionario, dirigido por Silva y Guachalla, y se desbandaron al salir de esta ciudad. Deducidos, pues, esos cuatro Cuerpos, que por lo ménos formarían un total de 2,000 hombres y además el escuadron peruano mandado por el Coronel Albarracin, que no entró en batalla, quedan reducidos los 14,000 hombres del cómputo chileno, a 11,000 y

"CUERPOS PERUANOS.

- " Provisional Junin N.º 1.
- " Ayacucho..... N.º 3.
- " Zepita..... N.º 1.
- " Zepita..... N.º 2.
- " Arequipa..... N.º 3.
- " Arequipa..... N.º 17.
- " Gendarmes de Tacna.
- " Provisional de Lima.
- " Pisagua..... N.º 9.
- " Batallon Infantería.
- " Granaderos del Cuzco N.º 19.
- " Cazadores de Lima.
- " Nacionales.
- " Escuadron Guerrilleros de Vanguardia.
- " Escuadron tiradores de Calana y Pachía.
- " Piérola 29 de Mayo.
- " Tercero de Línea.
- " Húsares de Junin.
- " Huáscar N.º 3.
- " Canevaro.
- " Quinto de Línea.
- " Once de Línea.
- " Arica N.º 27.
- " Regimiento de Artillería.
- " Cazadores del Misti.

"CUERPOS BOLIVIANOS.

- "Vanguardia de Cochabamba.
- "Tarija.
- "Victoria N.º 1.
- "Victoria N.º 2.
- "Padilla.
- "Loa.
- "Batallon 2.º
- "Escuadron Escolta.
- "Escuadron Húsares.
- "Alianza N.º 1 [Colorados.]
- "Murillo.
- "Chorolque.
- "Libres del Sur.
- "Aroma.
- "2.º Oruro.
- "Gran.
- "Bustillos.
- "Regimiento de Artillería."

(De "El Corresponsal" de "El Mercurio," N.º 15,977, pág. 2.ª, columnas 7.ª y 8.ª)

tantos, que eran los que realmente existian. Tales eran, por otra parte, las apreciaciones generales. (1)

De estos 11,000 hombres quedaron cerca de 2,000 para resguardar Arica, por haberlo dispuesto así el señor General Montero, segun instrucciones de su gobierno. De manera que el número efectivo de las fuerzas que operaban bajo mi mando y que entraron en la batalla del 26, era el de 9,000 y tantos hombres, incluidos los enfermos; y no el de 14,000, como se ha asegurado por los contrarios.

En cuanto al número de fuerzas del enemigo que entraron en accion y que, segun su prensa, no pasaba de 7,500 a 8,000 hombres, como se ha visto anteriormente, diré que esta aseveracion parece mui aventurada, si se tiene en cuenta que, conforme a las relaciones de la misma prensa, la línea de batalla del ejército chileno abrazaba toda la nuestra y al fin la rebasó en nuestra ala izquierda (2); debiendo advertirse que, siendo nuestra línea curva, con la parte convexa haciendo frente al enemigo, para abar-

(1) Sensible me es no poder comprobar este aserto con los documentos respectivos y haciendo una cuunciacion exacta de nuestras fuerzas, porque, con motivo de la muerte del General Pérez, han desaparecido todos los documentos pertenecientes al Estado mayor general del ejército unido.

(2) *Prensa chilena:*

“En estos momentos nuestra línea es paralela a la del enemigo y *abarca* toda la enorme estension de sus trincheras.”

(De “El Corresponsal” de “El Mercurio” de Valparaíso N.º 15,974, páj. 2.º, col. 6.º)

“Tan bravamente adelantaban los navales por nuestra derecha, que la primera compañía, mandada por el Sarjento Mayor don Alfredo Délano, *rebasó* esa ala del enemigo como a los 80 metros de la conclusion de la primera trinchera.”

(Id., id., id., col. 8.º)

carla en toda su estension paralelamente y a mas de una legua de distancia, y aun rebasarla, era matemáticamente necesario que en su línea de batalla entrara un número superior de fuerzas o por lo ménos igual al de la nuestra.

Pero, aun suponiendo que el número de combatientes chilenos fuera el que se pretende, debe tenerse en cuenta su tren de artillería tan formidable que, segun espresion de la misma prensa enemiga, debía ser el principal elemento para batir nuestras fuerzas (1); y además disponía de inagotables reservas, para el caso de que desfalleciesen los cuerpos que habian entrado en combate. Esto basta para determinar la superioridad numérica de los contrarios; pues, aunque ni la artillería hubiera obrado como era de esperarse, ni hubieran entrado en combate todas las reservas, es conocido el influjo moral que en los combatientes ejerce la idea de estar apoyados por fuertes elementos y tener, como se dice vulgarmente, las espaldas resguardadas. Los combatientes chilenos peleaban, pues, con la conviccion de que, en caso de ser arrollados y tener que retroceder, encontrarían a su retaguardia fuerzas de refresco, a favor de las cuales podían rehacerse y volver al combate; miéntras tanto nuestro ejército quedó reducido a una sola línea en su mas simple espresion, por falta de número, y sin reserva de especie alguna, en los momentos mas premiosos de la batalla.

Despues de la batalla, se me ha proporcionado en esta ciudad, una razon de todo el ejército chileno que se hallaba en campaña y de la distribucion que tenía al tiempo de la batalla de Tacna. Esa razon fué tomada por un viajero venido de Valparaíso, y parece del todo exacta y fidedigna. Es la siguiente:—

(1) Véase lo que dice la prensa chilena, Nota (*), pág. 26.

Cuerpos que operan sobre Tacna:—

Rejimiento Buin 1.º de Línea.....	1,200
” 2.º de Línea.....	1,200
” 3.º de Línea.....	1,200
” 4.º de Línea.....	1,200
” Santiago.....	1,200
” Esmeralda.....	1,200
” Lautaro.....	1,200
” Artillería de marina.....	600
Batallon Navales.....	600
” Zapadores.....	1,200
” Chacabuco.....	600
” Búlnes.....	500
” Valparaíso.....	600
” Atacama N.º 1.º.....	600
” Coquimbo.....	600
” Chillán.....	600
” Atacama N.º 2.º.....	600
Granaderos a caballo 1º y 3er. Escuadron...	600
Cazadores a caballo.....	600
Rejimiento 2.º Artillería de línea.....	600
Carabineros de Yungay, 2.º Escuadron....	250
Carabineros de Yungay, 1er. Escuadron....	250
	<hr/>
hombres.....	17,200
	<hr/>

Reserva entre Pisagua y Dolóres:—

Cazadores del Desierto.....	600
Batallon Valdivia.....	600
” Aconcagua N.º 2.....	600
” Concepcion.....	600
” Caupolicán.....	600
Granaderos a caballo, 2.º Escuadron.....	250
	<hr/>
hombres.....	3,250

En Iquique:—

Batallon Colchagua.....	600
” N.º 2.º de Antofagasta.....	600
	<hr/>
hombres.....	1,200
	<hr/>

En Antofagasta:—

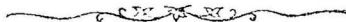
Batallon Aconcagua N.º 1.º.....	600
” Melipilla.....	500
Escuadron Maipú.....	250
Artillería de línea N.º 1.º.....	300
	<hr/>
hombres.....	1,650
	<hr/>

Entre Santiago y Valparaiso:—

Batallon Talca.....	600
” Rengo.....	600
” Curicó.....	600
	<hr/>
hombres.....	1,800
	<hr/>

RESÚMEN:—

Sobre Tacna.....	17,200
Pisagua y Dolóres.....	3,250
Iquique.....	1,200
Antofagasta.....	1,650
En marcha.....	1,800
	<hr/>
hombres.....	25,100
	<hr/>



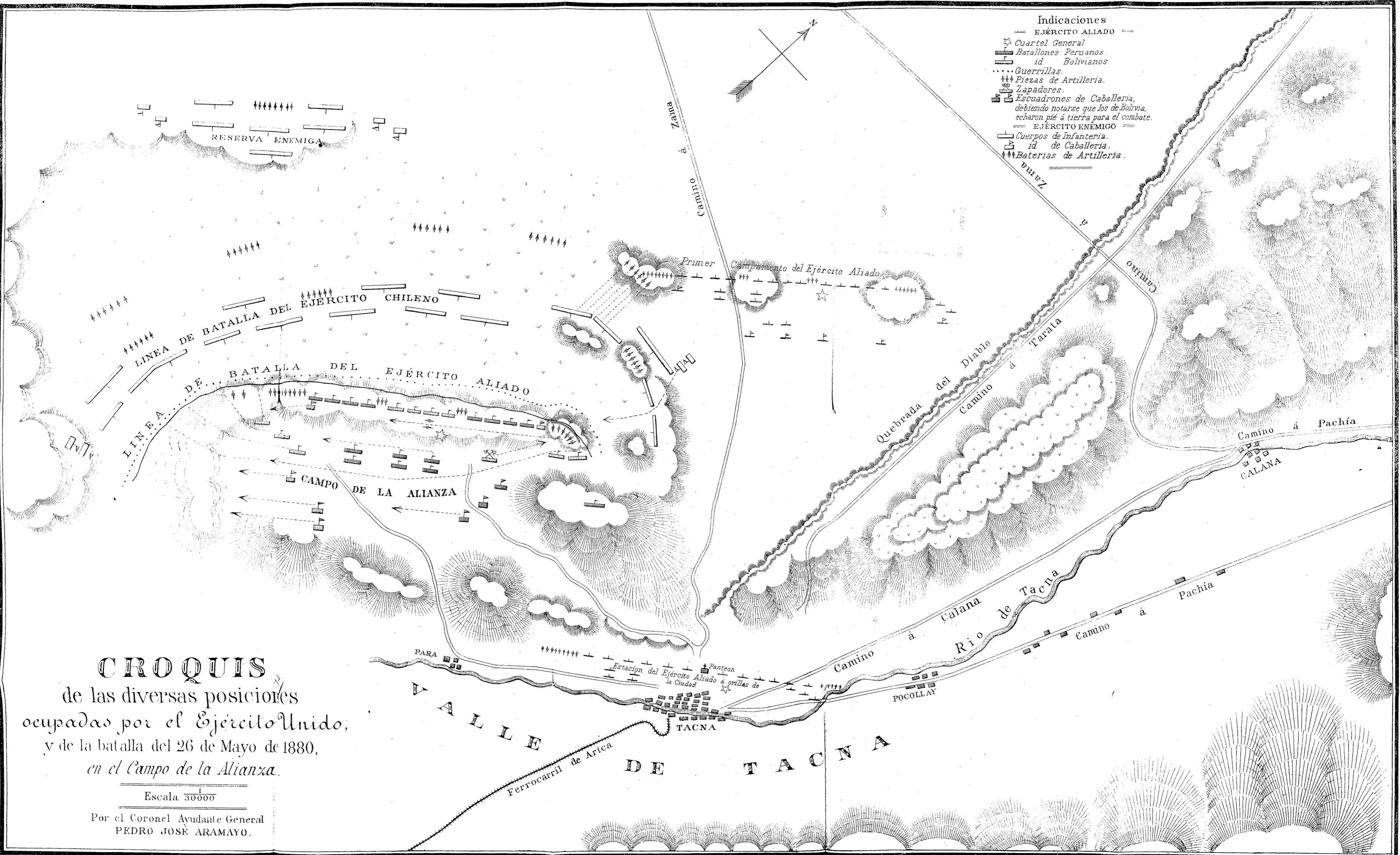
Como se vé, de los 25,100 hombres que constituían el ejército chileno, 17,200 fueron los que marcharon sobre Tacna. De éstos, quedaron cerca de 3,000 de guarnicion y enfermos entre Ilo y los demás puertos inmediatos al campamento chileno; de lo cual, resulta que asistieron a la batalla del 26 de mayo, mas de 14,000 hombres, lo qué es conforme con mis apreciaciones.

Al tratar de las fuerzas beligerantes, no puedo dejar de rectificar, de paso, una equivocacion en que ha incurrido la prensa chilena, al aseverar que nuestro regimiento de artillería se hallaba situado a nuestra ala izquierda; pues, la artillería que allí existía era puramente peruana, sin que la boliviana hubiese podido acudir a ella por circunstancias especiales que determinaron su colocacion en el centro y en nuestra ala derecha.

Para terminar esta nota, y corroborando lo que he dicho, transcribiré algunas palabras de un editorial de "El Ferrocarril" de Santiago, reproducido en el N. ° 15,972 de "El Mercurio," que caracterizan patentemente lo que ha sido la batalla del 26 de mayo. Dice así: "La derrota de Tacna y la toma de Arica han sido " para la campaña terrestre lo que la *captura* del "Huáscar" para " la campaña marítima"—Ciertamente; el "Huáscar" cayó abrumado ante el inmenso poder marítimo, al que tuvo que afrontarse, y el Ejército-Aliado de Tacna sucumbió tambien al impulso de fuerzas y elementos superiores en mucho, y ante los qué debía correr irremediabilmente la misma suerte que le cupo al "Huáscar."

ADVERTENCIA.

En un folleto separado se publicarán los partes oficiales, pasados por el Estado mayor general y los jefes del ejército boliviano, relativos a la batalla del 26 de mayo.



CROQUIS
 de las diversas posiciones
 ocupadas por el Ejército Unido,
 y de la batalla del 26 de Mayo de 1880,
 en el Campo de la Alianza.

Escala 30000

Por el Coronel Ayudante General
 PEDRO JOSÉ ARAMAYO.

